



EJERCICIOS ESPIRITUALES 2020

Temática:

**LA VIDA RELIGIOSA AGUSTINANA,
UN LLAMADO CONSTANTE
A LA COMUNIÓN Y LA PROFECÍA**

ÍNDICE:

SESIONES Y TEMAS:

PRIMERA SESIÓN.- LLAMADO A LA VIDA

Página 04.....	Tema 01.-
La vida como don: valoración integral de la vida humana.	
Mons. Alberto G. Bochaty OSA	
Página 10.....	Tema 02.-
Elevación de la Vida: La opción de vida Cristiana.	
P. Fr. Luis Guzmán Pérez OSA	
Página 12.....	Tema 03.-
Entrega y sacrificio de la propia vida.	
P. Fr. Miguel Cardozo Vargas OSA	

SEGUNDA SESIÓN.- ENTREGA Y SACRIFICIO DE LA PROPIA VIDA

Página 19.....	Tema 04.-
La vida en comunión como confesión de la Trinidad y signo de Fraternidad Universal.	
P. Fr. Jesús Madrid Rodríguez OSA	
Página 26.....	Tema 05.-
La comunión como camino de ascesis y de crecimiento espiritual.	
P. Fr. Miguel Ángel Keller OSA	
Página 33.....	Tema 06.-
La comunión como compromiso de apertura al diálogo con todos.	
P. Fr. Márcio Vidal Negreiros OSA	

TERCERA SESIÓN.- ¿CÓMO ENTREGAR LA VIDA?

Página 43.....	Tema 07.-
Despertar al mundo como misión Profética recibida desde el bautismo e inherente a la Vida Consagrada.	
P. Fr. Pablo Hernando Moreno OSA	
Página 50.....	Tema 08.-
Ser Profetas hoy como Agustinos en la Realidad de América Latina.	
P. Fr. Felipe Gómes da Silva Cruz OSA.	
Página 56.....	Tema 09.-
Como Profetas continuar la obra del Espíritu, Fidelidad en la novedad.	
P. Fr. Juan Lydon OSA	



PRIMERA SESIÓN.- LLAMADO A LA VIDA

TEMA 1:

LA VIDA COMO DON: VALORACIÓN INTEGRAL DE LA VIDA HUMANA

- a) Y **Dios creó al hombre a su imagen; lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer**. Y los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todos los vivientes que se mueven sobre la tierra». Y continuó diciendo: «Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento. Y a todas las fieras de la tierra, a todos los pájaros del cielo y a todos los vivientes que se arrastran por el suelo, les doy como alimento el pasto verde». Y así sucedió.
Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Así hubo una tarde y una mañana: este fue el sexto día. (Gen 1,27-31)
- b) "El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, también posee una altísima dignidad que no podemos pisotear y que estamos llamados a respetar y a promover. La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar desde la concepción, en todas sus etapas, y hasta la muerte natural, sin relativismos." (DA 464)
- c) "La ecología humana implica también algo muy hondo: la necesaria relación de la vida del ser humano con la ley moral escrita en su propia naturaleza, necesaria para poder crear un ambiente más digno. ...La aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica de dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación. (LS, 155)

En estos tres textos emblemáticos descubrimos la vida humana como don precioso de Dios, querido por Él mismo desde siempre, inscribiendo esta voluntad en el núcleo más secreto y sagrado del Hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo, ... en la conciencia. La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. (GS 16)

Sin duda la valoración, el cuidado y la promoción de la vida humana es un punto clave para la cultura de nuestro tiempo que la desafía y la desprecia como valor fundamental, subordinándola muchas veces a la autonomía subjetiva de la persona o de las ideologías. Estos desafíos se hacen presente también y de forma agresiva, cuando queremos discernir, identificar y fortalecer la vocación religiosa y el carisma agustiniano.

En la época patrística de la Iglesia, los Padres reflexionaban desde una perspectiva teológico-pastoral sobre el valor de la vida, del inicio de la vida, de la contracepción, del cuidado de los

enfermos y de quienes los curaban. Nuestro Padre San Agustín, entre otros textos, aborda el tema del inicio de la vida en *De nuptiis et concupiscentia* 1,15,17 condenando con energía a los esposos que provocaban el aborto, especialmente practicado por los paganos, pero que al convertirse al cristianismo gradualmente introducían esta problemática a la comunidad cristiana que ciertamente no lo practicaba normalmente. Los esposos *“Manifiestan abiertamente su malicia cuando llegan al extremo de abandonar a los hijos que les nacen contra su voluntad. No quieren alimentar o tener consigo a los hijos que temieron engendrar. De manera que, al mostrarse despiadados con los hijos engendrados contra sus deseos ocultos y nefandos, ponen de manifiesto toda su iniquidad, y con esta evidente crueldad descubren sus ocultas deshonestidades. A veces llega a tanto esta libidinosa crueldad o, si se quiere, libido cruel, que emplean drogas esterilizantes, y, si éstas resultan ineficaces, matan en el seno materno el feto concebido y lo arrojan fuera, prefiriendo que su prole se desvanezca antes de tener vida, o, si ya vivía en el útero, matarla antes de que nazca.”*

El valor de la vida humana fue poniéndose en cuestión, cuando era engendrada como fruto de una fornicación o adulterio. Pronto el aborto, pasó a considerarse como un método de control de la natalidad, lo mismo que el recurso a la esterilización. San Agustín considera ambas prácticas como violatorias del pacto matrimonial ya que los esposos no respetan la responsabilidad que tiene sobre la nueva vida. Vida que es inocente y tiene un valor en sí misma.

En el tratado *Contra Iulianum* 6,14,43 nuestro Padre hace alguna clarificación sobre el *status del feto*, afirmando que los cristianos nunca lo han considerado como “parte de la madre” durante la vida intrauterina. San Agustín presenta un argumento pastoral sobre el bautismo del feto, demostrando así la fuerte convicción de la existencia y del valor de la vida humana personal, diferente a la de la madre, ya desde esa etapa de gestación. La justificación es muy lógica: si el concebido fuera parte de la madre no se lo bautizaría mientras ella, mujer bautizada, lo lleva en su vientre. Pero la práctica era bautizar a esos niños dentro del vientre materno, sin considerar que existiera un segundo bautismo de la madre. *“Es conforme a las leyes de la naturaleza que el niño formado en un cuerpo que es templo de Dios, no por eso sea templo de Dios, aunque haya sido creado en un templo de Dios. Porque el ser templo de Dios el cuerpo de la madre no es efecto de la naturaleza, sino beneficio de la gracia; gracia que se confiere en la regeneración, no en la generación. Porque, si lo que la madre concibe fuera parte de su cuerpo y fuese considerado parte de ella misma, no habría necesidad de bautizar a un niño cuya madre haya sido bautizada en peligro de muerte cuando llevaba en sus entrañas al hijo. Por eso, cuando se le bautiza, no es un segundo bautismo el que recibe. Luego no formaba parte del cuerpo de la madre cuando estaba aún en el seno materno; sin embargo, fue formado en un templo de Dios, sin ser, por eso templo de Dios.”*

En *De civitate Dei* 22,13 se pregunta sobre la resurrección de los fetos abortados y manifiesta claramente que no ve razón por la que un niño no nacido, que ya tenía un cuerpo (con la terminología más precisa de hoy diríamos, corporeidad), sea excluido de la resurrección, si es verdad que todo quién ha muerto resucitará. *“Con la ayuda de la misericordia de Dios a mis esfuerzos voy a responder a las objeciones que, según mi exposición, plantean los contrarios. No me atrevo a pronunciarme por la negativa ni por la afirmativa de la resurrección de los fetos abortivos que murieron en el útero después de haber vivido en él; aunque no veo por qué razón se los ha de excluir de la resurrección de los muertos si no están excluidos del número de los mismos. Una de dos: o no han de resucitar todos los muertos, quedando sin cuerpos para siempre algunas almas que animaron cuerpos humanos, aunque sólo fuera en el útero materno, o, si todas las almas humanas han de recibir,*

al resucitar, los cuerpos que tuvieron mientras vivían en alguna parte y dejaron al morir, no encuentro razón para decir que no pertenecen a la resurrección de los muertos cualesquiera de ellos, aun los del seno materno. Pero tenga cada cual la opinión que tenga sobre éstos, lo que digamos sobre la resurrección de los niños nacidos ha de aplicarse también a aquéllos."

Nuestra vida humana, se concretiza ontológicamente en un cuerpo y no puede ser de otra forma. Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar su significado, es esencial para una verdadera ecología humana. También la valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente. De este modo es posible aceptar gozosamente el don específico del otro o de la otra, obra del Dios creador y enriquecerse recíprocamente. Por lo tanto, no es sana una actitud que pretenda «cancelar la diferencia sexual porque ya no sabe confrontarse con la misma"». (LS, 155)

A la luz de lo anterior, LS nos ayuda a ver que una sana ecología debe surgir de una disposición positiva de la persona a recibir el mundo como un don, un don que deber ser cuidado como signo de su significado intrínseco y cuya dignidad se asegurará respetando en primer lugar la dignidad del ser humano. El punto hasta el cual la tecnología, la conveniencia política, la ideología consumista del mercado han oscurecido nuestra capacidad humana de recibir con alegría la donación original del mundo y su cuidado, es el punto de deshumanización al que ha llegado nuestro mundo. El ser humano ha sido creado para labrar y trabajar la creación y también para cuidar el mundo como originalmente nos ha sido dado.

"Es preocupante que cuando algunos movimientos ecologistas defienden la integridad del ambiente, y con razón reclaman ciertos límites a la investigación científica, a veces no aplican estos mismos principios a la vida humana. Se suele justificar que se traspasen todos los límites cuando se experimenta con embriones humanos vivos. Se olvida que el valor inalienable de un ser humano va más allá del grado de su desarrollo. De ese modo, cuando la técnica desconoce los grandes principios éticos, termina considerando legítima cualquier práctica... la técnica separada de la ética difícilmente será capaz de autolimitar su poder". (LS, 136)

La globalización influye en las ciencias y en sus métodos, prescindiendo de los cauces éticos. Los discípulos de Jesús tenemos que llevar el Evangelio al gran escenario de estas, promover el diálogo entre ciencia y fe y, en ese contexto, presentar la defensa de la vida. (DA 465) No podemos escapar de este reto de diálogo entre la fe, la razón y las ciencias. (DA 466) Asistimos hoy a retos nuevos que nos piden ser voz de los que no tienen voz. El niño que está creciendo en el seno materno y las personas que se encuentran en el ocaso de sus vidas, son un reclamo de vida digna que grita al cielo y que no puede dejar de estremecernos. ... Si queremos sostener un fundamento sólido e inviolable para los derechos humanos, es indispensable reconocer que la vida humana debe ser defendida siempre, desde el momento mismo de la fecundación. De otra manera, las circunstancias y conveniencias de los poderosos siempre encontrarán excusas para maltratar a las personas. (DA 467).

Ahora bien, en el mundo relativista y hedonista que nos toca vivir, poder anunciar el Reino de Dios desde el carisma agustiniano a las personas de nuestro tiempo (incluso dentro de nuestras comunidades), nos exigirá más que nunca ser profetas y discípulos misioneros en el diálogo y la búsqueda de la unidad. San Agustín instruía a los suyos desde la perspectiva teológica y apologética

sobre los argumentos más manidos. Quería educarlos a amar la unidad de la Iglesia, a tener una inmensa caridad y misericordia fraterna al punto de convertir a los enemigos en hermanos (In Io 8,10; 10,8) sabiendo distinguir lo que une antes de lo que separa. Los exhortaba a no caer en el espiral de la polémica (In Io 6,15) y a ser acogedores y hombres de paz en la convicción que sólo la caridad facilita el camino de la verdad.

San Agustín nos enseña la pedagogía de la paz y la unidad: *“Tened la paz, hermanos. Si queréis atraer a los demás hacia ella, sed los primeros en poseerla y retenerla. Arda en vosotros lo que poseéis para encender a los demás. El hereje odia la paz, como el enfermo de ojos la luz. ¿Acaso es mala la luz porque el enfermo no pueda soportarla? El enfermo de ojos odia la luz; pero, con todo, el ojo fue creado para la luz. Quienes aman la paz quieren que otros la posean con ellos, y se entregan a la tarea de aumentar los poseedores para que aumente la posesión. Esfuércense, pues, por curar los ojos de los enfermos por cualquier medio, de cualquier forma... Por tanto, amadísimos, exhorto a vuestra caridad a que les mostréis la mansedumbre cristiana y católica. Ahora les instamos a que se curen. Los ojos de los santos están inflamados; hay que curarlos con cuidado y tratarlos con suavidad. Que nadie litigue con nadie; que nadie quiera defender ahora ni siquiera la fe mediante disputas, no sea que de ahí salte la chispa y se ofrezca la ocasión a los que la buscan. Si oyes un insulto, sopórtalo, hazte el desentendido, déjalo pasar. Acuérdate de que hay que curarlo. Ved con cuánta suavidad tratan los médicos a los que curan, aunque sean mordaces. Escuchan el insulto y en cambio le dan la medicina, sin devolverles insulto por insulto. Que la palabra sirva para hablar: uno es el que ha de ser curado y otro el que cura, nunca han de ser dos litigantes.”* (Ser 357, 3.4.).

El don de la vida y el don de la paz y la misericordia están profundamente unidos. Especialmente para nuestra vida común según indica la Regla: vivir juntos y unánimes en el Monasterio, de tal manera que de muchos se hace uno, en la mente y el corazón orientado hacia Dios (1,2). Dios de la vida, Dios Padre, Dios que nos llama a seguirlo en su Hijo Jesucristo, dejándolo todo y honrándolo no tanto en el cielo sino siendo uno con el hermano, siendo templos del Espíritu Santo (1,8).

Seguir a Cristo por medio de los Consejos Evangélicos nos habla no tanto de una decisión personal sino de una generosa respuesta vital a la invitación y don de Dios a vivir la vocación religiosa. Desde el principio de la experiencia agustiniana, Nuestro Padre exigía vivir en comunidad y en castidad. Más tarde, en pobreza y obediencia. En el Sermón 355,6 “el que ha profesado, la santidad, profesó el vivir en común, profesó el *¿Qué bueno y alegre es vivir los hermanos unidos! (Sal 132,1)*”.

La experiencia de Agustín debe ayudarnos a ser más comprensivos y pacientes con la debilidad de los hermanos y de la Orden. Especialmente en “tiempos de vacas flacas”. Seríamos poco realistas si pensáramos que nuestras comunidades van a ser perfectas o que viviremos nuestros votos, sólo si la comunidad es perfecta y satisface mis inquietudes, proyectos y deseos personales...

Sabemos que habrá frailes que nos darán dolores de cabeza, que no todos los que profesan la vida común, el “sagrado compromiso”, van a obrar por los más altos ideales y buscar la perfección o la santidad con la mejor de sus intenciones. Aunque sería lo ideal y lo esperado, por su propia naturaleza humana, debemos saber que será un esfuerzo arduo y no siempre exitoso. San Agustín nos recuerda que debemos estar preparados para soportarnos unos a otros desde el amor, como dice San Pablo (Ef 4,2-3), porque sería poco normal encontrar a alguien que estuviese exento de falta que los otros no tuviesen que aguantar: *“Soportaos mutuamente: ¿No tienes nada en ti, que otro*

deba soportar? Me admiro si nada tienes; supongamos que nada tienes; y entonces eres más fuerte para soportar en los demás lo que tú no tienes que te deban soportar ellos. Tú no eres soportado; soporta a los demás. No puedo, dices. Luego tienes algo en ti que deben soportar los demás.” (In Ps 99,9)

Agustín tiene posturas que podrían parecer duras e inflexibles para con aquellos que abandonan el monasterio o los votos religiosos, sin embargo no es así si tenemos en cuenta el fundamento de su enseñanza que es que cuando una persona reniega de los votos que ha hecho, reniega de Dios que le ha dado la fuerza para perseverar. Es cierto que en la época de nuestro Santo Padre Agustín, no se tenían en cuenta (porque no se conocían) las posibles consecuencias psicológicas de la perseverancia, como las conocemos ahora. Algunos abrazan la vida religiosa con las mejores disposiciones, con grandes esperanzas, pero luego se dan cuenta que por varias razones no están preparados para vivir esa forma de vida incluso aunque sus formadores creyeran lo contrario. (ver: Curia Generalizia Agostiniana: “Elementos de una formación agustiniana”. Roma (2001)184-193).

Hay un tríptico agustiniano que es fundamental: el de la verdad, caridad y unidad.

Todos los esfuerzos episcopales de Agustín estaban dirigidos a formar una comunidad unida en la misma verdad, vivida en todas sus dimensiones. El tema de la unidad en la verdad, cimentada en la caridad fraterna fue una prédica constante y vibrante del Obispo de Hipona. Es claro que para él la prioridad (incluso ontológica, generativa de vida) es la verdad: “Nosotros somos una sola cosa en virtud de haber creído” (In Io 110,2).

La unidad de vida, la vida misma de la comunidad y de los frailes, gira en torno a la verdad. Al mismo tiempo la verdad tiene su semilla vital en la unidad de la Iglesia: “Dios puso la doctrina de la verdad en la cátedra de la unidad” (Ep 105, 6,16). Aquí Agustín nos revela la relación profunda que hay entre unidad y verdad. Hay una sola cátedra garante de la unidad, la que transmite integralmente la autenticidad de la fe y la vida cristiana. La verdad hace la unidad. El contenido de la unidad es la verdad. La unidad de la Iglesia es antes que nada compartir y comunión de la verdad. La verdad es Cristo, en su Misterio Pascual.

Pero el binomio verdad y unidad es insuficiente para el pensamiento de San Agustín en relación a la vida y la vida de la Iglesia: hay que agregarle el término “caridad”: “no se entra en la verdad si no a través de la caridad” (Contra Faustum 32,18). Así sólo el que está en la unidad tiene la caridad. Y si el fundamento de la unidad es la verdad, la fuente originaria de la unidad es la caridad, porque la caridad hace nacer la unidad. (Ser 46,18). “Quien vence, no es sino la verdad; la victoria de la verdad es la caridad” (Ser 358,1). Por la fe, la esperanza y la caridad entramos a formar parte del reino cuyo “rey es la verdad y cuya ley es la caridad” (Ep 138, 3,17).

Este tríptico verdad, unidad y caridad, que podría parecer un trabalenguas, es sin embargo la mejor conclusión y resumen para una meditación sobre el valor y dignidad de la vida humana agustiniana. En *Cristo camino, verdad y vida* (Jn 14,6) nos encontramos como personas, como bautizados y como agustinos y confirmamos también el verdadero sentido y fundamento de nuestra vida: Cristo médico, redentor y salvador que nos redime y hace libres. ¡Si ustedes permanecen fieles a mi palabra serán verdaderamente mis discípulos: conocerán la verdad y la verdad los hará libres! (Jn 8,31-32)

San Agustín, en la Orden, te llama a:

- 1) ser fiel a la Palabra,
- 2) ser discípulo misionero,
- 3) conocer la Verdad, y así,
- 4) ser libre!

TEMA 2:

EL DESEO DEL CORAZÓN QUE NOS LLEVA AL AMOR A DIOS Y AL PRÓJIMO¹

Todos tenemos presente la famosa frase agustiniana citada por muchos, y que es el inicio de las Confesiones: “Nos has hecho Señor orientados hacia ti, y nuestro corazón estará intranquilo hasta no descansar en ti” (*Conf.* 1,1,1). Esta sea quizá la base para entender el continuo impulso del alma agustiniana, y según su propio parecer de toda alma humana, por alcanzar la felicidad (cf. *Conf.* 10,20,29-23,33). Así que hemos de partir de esta profunda convicción: el hombre va en búsqueda de la Verdad, de la Felicidad y de la Plenitud y todo ello lo puede alcanzar solamente Dios, y hemos de agregar que es Dios mismo el que se hace hallar por el hombre (cf. *mag.* 12,40; *Trin.* 15,2,2; *vera rel.* 10,20).

Sabemos que el alma humana se mueve por un impulso interior que la lleva a querer alcanzar aquello que anhela, que puede en la mayor parte de los casos ser enunciado como “felicidad”: “*pondus meum amor meus, eo feror quocumque feror* (mi amor es mi peso, por él soy llevado a donde soy llevado)” (*conf.* 13,9,10). Sabemos que será el amor, la *caritas* lo que, según san Agustín, mueve al ser humano, y es esto lo que le lleva a actuar el bien cuando así lo hace. Es el amor y el modo en que se ama es lo que distingue a una persona de otra (cf. *ep. Jo* 2,8; 7,1).

Existen dos amores, uno que se enfoca en el *amor sui*, es decir en el amor a sí mismo y que busca “satisfacer los deseos carnales”. Este amor busca satisfacer el deseo mundano de poder, de tener, de triunfar, que incluye la envidia, los celos, el egoísmo. Es lo que llamamos la *cupiditas*, que no es precisamente ansia ciega, sino amor humano que busca satisfacción en una esfera transitoria que no puede proporcionar dicha felicidad. Esta es quizá la tentación más grande del deseo, del anhelo humano: buscar la felicidad que tanto ansía el hombre ahí donde no encontrará sino todo lo contrario.

Pero el ser humano no alcanza siempre lo que se pretende, pues en ocasiones hace lo que no quiere o no puede alcanzar lo que quiere (cf. *Rom* 7,14-25). Aunque el *amor* o la *caritas* estén conscientemente presentes no significa necesariamente que eso que anhelo, eso que deseo, lo vaya a poder alcanzar. Siguiendo a san Pablo, el obispo de Hipona se dio cuenta que nosotros muchas veces nos quedamos en el deseo de realizar el bien, pero no necesariamente lo llevamos a cabo. Nosotros como cristianos, y más aún como agustinos, hemos de reconocer que el anhelo humano de hacer el bien es ya una respuesta al amor de Dios que nos ha liberado del pecado en Cristo (cf. *Rom* 5,1-11; 8,31-39; *1Jn* 4,7-5,4). Podemos llevar a cabo el bien, amando como respuesta al amor recibido, pero no olvidemos poner al centro de nuestra actúa el amor incondicional que Dios nos manifestó enviando a su Hijo.

Eso que arriba mencionamos como *cupiditas*, que podríamos traducir como codicia, es lo que nos lleva a buscar y querer hallar la felicidad en cosas pasajeras, perennes, banales. Pero esta *cupiditas*

¹ Para más profundización ver en A. Fitzgerald, *San Agustín a través del tiempo* las voces Antropología, Concupiscencia, Gracia, Libertad y Voluntad.

es contrarrestada por la *caritas*, el amor de lo que uno debe amar, es decir aquel que conduce a un gozo duradero y a una genuina felicidad, porque conduce a la única realidad que puede saciar el deseo del corazón y que nunca será arrebatada, a menos que uno así lo quiera: Dios (*Trin.* 9,8,13). Este amor es sin duda lo que san Agustín quiso siempre inculcar en sus fieles, en sus lectores, en los seguidores de Cristo.

En nuestro caminar espiritual e intelectual hemos de ir descubriendo el objeto de nuestro deseo, y en última instancia el objeto de nuestro amor, porque si nos guiamos por un amor a lo mundano, a lo que me hace sentir a mí como el centro de todo, entonces eso un día terminará por tambalearse y por hacer de mí el más infeliz de los seres. Pero si es la *caritas* lo que me impulsa, si el amor entendido como desprendimiento e incluso negación de sí mismo, que coloca al centro a Dios y todo lo que Él es para nosotros, si ese amor es lo que me lleva a actuar, entonces podremos realmente decir alguna vez que hemos saboreado la felicidad. Esa felicidad que llega a su plenitud solamente cuando alabaremos plenamente a Dios pues lo contemplaremos como Él es.

Así que en el intento por entender lo que es el deseo, descubrimos que hay un deseo desordenado y mundano (*cupiditas*) al que hay que estar atentos. El ser humano, a causa de la concupiscencia - consecuencia del pecado de Adán en nosotros-, está propenso a seguir la *cupiditas*, y si no se ve apoyado por el auxilio divino (*gratia*) caerá inevitablemente en el error, en el pecado. Es la Gracia de Dios la que nos capacita para vencer en nosotros “el deseo desordenado” (*cupiditas*), es ella la que nos hace actuar el bien amando al prójimo y haciendo que nos olvidemos de nosotros mismos por amor a Dios y a nuestros semejantes. Es aquí donde el deseo “bueno” llega a su plenitud, es aquí donde se ve saciado ese anhelo humano de felicidad y realización, es aquí donde Dios mismo es nuestro sustento y nuestra meta, nuestro impulso y nuestro caminar, nuestro anhelar y nuestro actuar.

El deseo humano para que sea realmente un buen deseo ha de brotar de un corazón purificado por la Caridad, por la gracia de Dios que nos impulsa y alienta a hacer el bien. Mientras no purifiquemos el corazón de todo mal deseo, mientras no vayamos a lo profundo del ser humano a tratar de limpiar y sanar, no podremos llegar realmente a olvidarnos y desprendernos de nosotros mismos y “lo nuestro” para abrazar lo que es de Dios, de la Iglesia, de nuestra Orden: “Lo que una persona ama, eso es ella. ¿Amas la tierra? Entonces eres tierra. ¿Amas a Dios? Entonces –me atreveré a decir– tú eres Dios” (*ep. Jo.* 2,14). Esta elevada sentencia de nuestro Padre la dice después de haber meditado profundamente sobre la *caritas*, el amor de Dios y el amor a Dios.

Nunca nos cansemos de hacer el bien, de buscar la Verdad y de ansiar el cielo, pero con san Agustín hemos de reconocer que el triunfo de la caridad sobre la *cupiditas* es únicamente obra de la gracia de Dios. Cuidémonos del pelagianismo moderno que se insinúa, como lo dice nuestra Regla, en las buenas obras; no pongamos en nuestras acciones la confianza para llevar a cabo el bien, reconozcamos que el ser humano por la concupiscencia se puede inclinar a llevar a cabo obras egoístas, obras que nos llevan a apartarnos del verdadero amor. Pero si la caridad triunfa en nosotros entonces seremos libres realmente y encontraremos gozo en alabar y servir a Dios y lo que es de Dios.

TEMA 3:

EL ÚNICO Y GRAN DESEO DEL CORAZÓN: VER A DIOS

A. PERFIL BÍBLICO.

“El hombre no solo es un animal racional, sino un animal que desea” (S. A). Agustín combate todo lo que pueda disminuir el desear humano. Combate cierta mentalidad en contraposición a las pasiones humanas que quisiera hacer tabula rasa de ellas y que por el contrario terminan privilegiando la apatía, la constante tranquilidad de ánimo, en nombre de una improbable perfección, conduce implícitamente a la muerte del deseo o a su decaimiento, o a una vida interior marcada por el empobrecimiento del deseo.

El pensamiento de Agustín está en perfecta concordancia con lo que dice la sagrada escritura en **Gn 2, 7**: *el hombre es un ser viviente que desea*. Vive en tensión permanente hacia algo que está siempre *“más allá”*; es deseo intenso que puede y debe volverse pasión y que solo Dios puede colmar.

Si la perfección suprema para el budismo es matar el deseo, los hombres de la Biblia, empezando por los que están más cerca de Dios, parecen extremadamente lejos de este sueño. Por el contrario, la Biblia está llena del tumulto y del conflicto de todas las formas del deseo. De hecho, no los aprueba a todos, los deseos más puros deben de conocer una purificación más radical, pero de esta manera toman toda su fuerza y dan valor y originalidad a la existencia de cada individuo.

1. El único deseo: ver a Dios.

A la raíz de todos los deseos del hombre está aquello que para la Biblia es el único, verdadero, profundo deseo humano: Dios; y ver su Rostro:

“Como busca la sierva corrientes de agua viva, así anhela mi alma en pos de ti, mi Dios” (42, 2)

“Mi alma tiene sed de ti” (63, 2-3)

“Mi alma se consume deseando tus preceptos” (119, 20)

“Como los ojos de la sierva en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor Nuestro Dios” (123, 2)

“Mi alma aguarda al Señor más que los centinelas a la aurora” (130, 6)

“Tu Nombre y tu recuerdo son el anhelo de mi alma” (Is 26, 8)

“Ven, Señor Jesús” (Ap. 22, 18).

El hombre de la Biblia está imbuido de este deseo, tal como lo vemos en la historia de Moisés... *Que yo te conozca...Déjame ver, por favor, tu gloria* (Ex 33, 13. 18). Dios responde a este deseo, viene al encuentro del hombre que le busca, pero al mismo tiempo deja entender que este deseo, por su propia naturaleza es imposible de satisfacer por el hombre en esta tierra. El mismo lo ha puesto en el corazón, como una sed de algo, que siempre estará más allá de la posesión y la satisfacción definitivas, algo que el ser humano no podría abarcar. Es un deseo profundo y radical, universal e imposible de extirpar, pero también insaciable y nunca saciado.

2. Perversiones y conversión.

El deseo de ver a Dios y su rostro es el único deseo innato y radical del hombre, pero en realidad el corazón del hombre está atravesado y poblado por aspiraciones y seducciones de muy diferente signo.

La Biblia, así como registra la unicidad del deseo de Dios, también registra y narra con igual realismo todas las deformaciones, como persiones de aquel único deseo: Eva y David; Israel de la travesía del desierto, hasta el Israel de los tiempos de Jesús; desde Ajab hasta los ancianos que acusan a Susana, es toda *una historia de deseos diferentes al deseo divino*, que atraen el corazón y poco a poco se ubican en el centro de la vida y progresivamente la dominan.

El esquema es siempre el mismo: *atracción que seduce, ilusión de felicidad, acción correspondiente* (de posesión o conquista) y luego de manera progresiva, *dominio por parte del deseo que quita la libertad y lleva hacia la muerte*.

Es necesaria una conversión, donde el creyente crucifica sus pasiones y apetencias (Rm 8, 6) y aprende a dejarse conducir por el espíritu (gal 5, 22).

Se trata de redescubrir el único deseo que Dios ha puesto en el corazón del ser humano y que es indestructible, a pesar de todas las deformaciones y adulteraciones que pueda sufrir en el curso de la vida (sal 73, 25-26).

3. Los deseos del Hijo.

Dios no es únicamente el que satisface el deseo humano, sino Aquel que desea manifestar su amor hacia el hombre ya desde ahora, y no solo en la eternidad. Dios es el que ha sembrado en el corazón del hombre la nostalgia del Creador: *“nos has creado señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti”*. Jesús es imbuido en su vida terrena por un deseo ardiente, angustiado, por partida doble, en cierto modo: respecto del Padre y de los hombres. Por un lado, su deseo de dar gloria al Padre será aplacado solo por su bautismo y por su Pasión. Este deseo filial es inseparable del deseo fraterno, de mostrar a los hombres hasta qué punto Dios los ama, hasta qué punto el amor del Padre puede manifestarse en el Hijo (Lc 22, 15). Jesús manifiesta en su desear humano, con corazón humano, los deseos divinos, lo que Dios desea para el hombre, y lo que Dios desea como objeto original y final de su existir.

En todos los deseos humanos siempre hay una huella del deseo divino, de lo que Dios desea para el hombre y de lo que el hombre desea como deseo primero y último, es decir Dios.

Por lo mismo, todos experimentamos un profundo anhelo de auténtica intimidad con Dios. ***“Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (S.A)***. Todos ansiamos ser amados incondicionalmente, todos ansiamos estar en presencia de Dios, colmar nuestro deseo más profundo: ver a Dios. Dios es amor, ese amor incondicional, por el que nuestro corazón suspira.

Pero también aparece la tendencia opuesta: *tememos a Dios y evitamos correr el riesgo de acercarnos demasiado a él*. En lugar de entrar en una profunda intimidad nos limitamos a una relación bastante buena. Nos auto-convencemos que basta con eso. Muchas personas devotas mantienen a Dios a una cierta distancia, de algún modo establecemos un equilibrio entre nuestro anhelo de Dios y nuestro rechazo de él. Le pedimos cosas, hablamos con él, le alabamos, le damos gracias... y mantenemos las distancias. Ansiamos el amor de Dios y, no obstante, huimos de él, porque no es fácil dejarse amar de verdad de un modo tan ilimitado. Lo buscamos y al mismo tiempo lo evitamos.

Hay muy buenos cristianos que con frecuencia ordenan sus vidas de tal modo que, de hecho, Dios desempeña en ellas un papel muy limitado. Puede que nos consideremos personas devotas que hablamos de Dios, que participamos en las actividades religiosas, que estamos dispuestas a prestar nuestros servicios donde sea necesario, que dedicamos tiempo a la oración y hasta asistimos diariamente a Misa; sin embargo nuestra vida están mucho más dominadas por la huida de Dios de lo que estamos dispuestos a admitir. *Aunque nuestras vidas estén rebosantes de espiritualidad dejamos muy poco espacio para Dios. A veces nuestras ocupaciones religiosas nos sirven para evitar a Dios. La religión puede convertirse en una barrera contra Dios.*

Muchos de nuestros pensamientos y acciones deben cambiar si queremos que Dios sea Dios. Cuanto más cerca estemos de Dios nos daremos cuenta qué inmensa es la muralla que hemos levantado para ocultarnos de Él. Perdemos nuestra libertad interior para dejar verdaderamente a Dios ser Dios y para hacer de su reino nuestra prioridad fundamental.

B. EDUCACIÓN DE LOS DESEOS.

Educar es sacar afuera, a nivel de conciencia los verdaderos deseos de la persona. Resulta claro que esto se vuelve el primer objetivo del camino pedagógico. No es una operación sencilla, muchas veces el joven no está consciente de lo que desea realmente; cree desear algo, o lo quiere solo a nivel intelectual, porque en realidad su corazón está habitado por otro deseo. No basta expresar lo que se siente dentro, contentándose con ser sinceros.

La verdad del deseo es otra cosa: es aquel particular deseo que realmente atrae corazón-mente voluntad y que a veces no es evidente de manera inmediata, sino que funciona como motivación oculta e incluso inconsciente que impulsa a actuar en un sentido bien definido.

Muchas veces hay deseos auténticos en lo más profundo del corazón, pero ni el joven sabe identificarlos, ni educador alguno sabe sacarlos a la luz, por consiguiente, nunca sale a flote la verdad de la persona. Pero esta es verdaderamente la tarea del educador.

1. La verdad más allá de la apariencia.

Se trata de ir en profundidad, sin contentarse de tomar por verdaderas las afirmaciones del joven, o sin confundir, como decíamos antes, la sinceridad con la verdad, o la realidad con lo que parece.

Desde los comportamientos se debe pasar a las actitudes, los estilos de vida, las predisposiciones a actuar, las maneras ya aprendidas de reaccionar frente a las diversas circunstancias de la vida, y dentro de estas tratar de observar los sentimientos (*los expresados y los que están más ocultos y*

reprimidos) para buscar la manera de identificar las motivaciones, los verdaderos porqués que explican las acciones y los proyectos, y que comienzan a desvelar los deseos que están a pecho a la persona, los que no solo a veces sino normalmente no son tan evidentes al propio individuo, aunque todos derivan de una opción o de un equívoco de fondo que se pone en el centro de la vida del joven y representa el verdadero y radical motivo de su obrar.

2. La oración, lugar de la excavación.

La oración es el lugar por excelencia para la excavación del deseo. Cuando un creyente ora y en la oración le pide algo al Señor, sea lo que sea lo que le esté pidiendo, en realidad, aunque no lo sepa, antes que nada y a la raíz de todo le está pidiendo ver su rostro, gozar de su amor. La constancia en la oración, al interior de un camino de acompañamiento y verificación guiado con inteligencia y tacto, lleva normalmente a esta conciencia. Orar en efecto quiere decir, ponerse frente a la verdad de Dios en la verdad de sí mismos: son las dos polaridades de la oración, ambas indispensables para que esta sea auténtica.

En la fase de la excavación, la oración es sobre todo penetración trabajosa del orante dentro de su propia realidad, pero siempre a partir de aquella provocación que le viene de estar delante de Dios. Nada como la luz proveniente de su Palabra, de la palabra del día, o de la verdad de la Cruz y del misterio pascual celebrado en la Eucaristía, tiene el poder de excavar dentro la conciencia humana para traer a la superficie los deseos ocultos, las tendencias inconfesadas, los miedos nunca enfrentados cara a cara para luego, con el pasar del tiempo, reconocer aquella palabra o aquella voz del señor que llama.

Cuando en la oración la persona llega hasta el fondo de sus deseos humanos, tal como debería siempre suceder, en un determinado momento, en la oración, porque de lo contrario sería una ficción., descubre a Dios en la raíz de su vida, presencia familiar, aquél a quien el alma busca desde siempre, sin cesar.

Es una oración de discernimiento, pero no tanto de la vocación, sino de los deseos personales y de aquello que los oscurece o deforma. Es una oración de bajada a las profundidades más temblorosas; y en otro sentido, es como un retorno a casa, es además como un retorno a casa, a su propia imagen incontaminada.

3. Las preguntas de Jesús.

Un espléndido ejemplo de esta excavación del deseo humano son los encuentros de Jesús, con aquellos que eran curados por él, enfermos que a él recurrían con tanta confianza y esperanza. A menudo, en el Evangelio, Jesús responde al pedido de curación preguntándoles a esos enfermos qué es lo que quieren *¿Qué quieres que te haga?* Parecería una pregunta inútil, ¡tan evidente es su situación y el motivo de su ansiosa suplica!

Por el contrario, no es inútil, sobre todo no lo es para los peticionarios mismos: Jesús quiere que estas personas se interroguen a sí mismas y tomen conciencia de sus reales deseos, o que, partiendo del pedido de curación física, hagan aquel saludable viaje en retroceso para percibir lo que es más importante pedir, aquello de lo cual la salud física es únicamente una señal y una parte, es decir,

aquella salvación integral que está en el origen del pedido mismo, y que habla del proyecto originario del Padre.

C. FORMACIÓN DE LOS DESEOS.

Escalar los deseos.

Escalar significa escudriñar la posible dirección de un deseo humano, su futuro, a la luz de los deseos divinos. En concreto, quiere decir preguntarse, delante de cada deseo:

¿A dónde puede llevar este deseo?

¿Qué hay, más allá de una inmediata gratificación?

¿Cómo podría ser realizado en plenitud?

¿Cuál es su verdadero punto de llegada?

1. De la multiplicidad a la unidad.

El único deseo del hombre es el de ver a Dios. Escalar pacientemente la demanda y el deseo quiere decir, descubrir e impedir en la medida de lo posible, todas aquellas tentativas mezquinas y reductivas de dar respuestas que de hecho se quedan en la superficie del problema y que, por lo pequeñas y parciales que son, en realidad ofenden la dignidad humana y volatilizan sus potencialidades; escalar quiere decir insistir inteligentemente hasta percibir y hacer percibir aquella exigencia radical de bien, de verdad, de felicidad, de libertad y de definitividad que está presente en todo ser humano y que es la expresión inmediata del deseo aún más radical de Dios, de aquello que Dios quiere hacer en el hombre.

Hay que hacer emerger esta inspiración divina, que es única, y que recompone en unidad la vida del joven, a menudo dividida y distraída. Muchas veces tal inspiración queda oculta, pero está dentro del horizonte humano y atraviesa a todo hombre, su pasado, su presente y su futuro, su origen y su destino, su raíz y su vocación.

Todo deseo, aun el más terrenal o el que luego sigue otra dirección, puede transformarse en camino que lleva a Dios, incluso cuando el hombre mismo está lejos de darse cuenta de ello o lo niega explícitamente. No existen deseos demasiado pequeños o menos nobles, solo terrenales o demasiado materiales. Si es verdad que todo deseo es marcado por la huella del desear divino, así también es verdad que todo deseo está orientado hacia Dios, el único que puede satisfacer el desear humano.

2. La oración, lugar de torsión de los deseos.

Formación quiere decir oración y un cierto tipo de oración. Oración es la súplica a Dios para que le transmita sus mismos deseos; porque solo Dios puede revelarle que cosa debería tener a pecho, y que solo entonces se pone de rodillas y le pide al Espíritu Santo, aquel espíritu que es la expresión de los deseos divinos.

Oración no es únicamente petición o suplica, sino también dramática confrontación con los deseos divinos, pues se trata de orientar los deseos hacia su destino natural u objetivo final, que

inevitablemente hace añicos la medida simplemente humana de las aspiraciones juveniles y abre de par en par el espacio ilimitado del desear divino. Es únicamente en la oración donde el joven puede abrirse a esta realidad diferente, impensada e impensable, porque la oración en este momento, es sobre todo acción de Dios en aquel que ora, es palabra y amor y energía de Dios en el orante.

El amor es siempre transformante: elimina poco a poco los miedos e infunde fuerza para enfrentar riesgos; y, entre todos ellos, el mayor riesgo que el joven pueda encarar es el desear con el corazón de Dios.

El deseo humano expresa y manifiesta la belleza y verdad del deseo divino.



SEGUNDA SESIÓN.- ENTREGA Y SACRIFICIO DE LA PROPIA VIDA

TEMA 4:

LA VIDA EN COMUNIÓN COMO CONFESIÓN DE LA TRINIDAD Y SIGNO DE LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

A IMAGEN DE LA TRINIDAD: *La Iglesia es esencialmente misterio de comunión*, muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas.

Los ámbitos y las modalidades en que se manifiesta la comunión fraterna en la vida eclesial son muchos. La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que *la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas*, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen.

Las personas consagradas, en efecto, viven «para» Dios y «de» Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales.

LA IGLESIA COMO COMUNIÓN: Creando al ser humano a su imagen y semejanza, Dios lo ha creado para la comunión y para la fraternidad. Esta es la más alta vocación del hombre: entrar en comunión con Dios y con los hombres, sus hermanos. Después del pecado, que rompió la unidad deseada por Dios, Él envió a su Hijo para que llevara a toda la creación a la unidad perfecta. Él estableció el nuevo pueblo de Dios llamando a los apóstoles y anunció la fraternidad universal en el Padre, en torno al cual todos somos hermanos. Jesús enseñó a vivir la igualdad en la fraternidad, cambiando las relaciones de poder y de dominio en relaciones de servicio. Instituyó la Eucaristía, sacramento del amor y la unidad, y en la cruz destruyó el muro de separación entre los pueblos, reconciliando a todos en la unidad.

La venida del E. Santo realizó la unidad querida por Cristo. El día de Pentecostés comenzó la Iglesia, que desde el primer momento se caracteriza como fraternidad y comunión en la unidad de un solo corazón y de una sola alma (cf Hech 4, 32).

LA COMUNIDAD RELIGIOSA, EXPRESIÓN DE LA COMUNIÓN ECLESIAL: La vida fraterna, entendida como vida compartida en el amor, es un signo elocuente de la comunión eclesial. Los consagrados, queriendo poner en práctica la condición evangélica de discípulos, se comprometen a vivir el mandamiento nuevo del Señor, amándose unos a otros como Él nos ha amado. El amor llevó a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio supremo de la Cruz. De modo parecido,

entre sus discípulos *no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional*, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin juzgarlo, capacidad de perdonar hasta setenta veces siete.

Para las personas consagradas, que se han hecho « un corazón solo y una sola alma » (*Hch* 4, 32) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. *Rm* 5, 5), resulta una exigencia interior el *poner todo en común*: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad.

1. En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, *es espacio teológico* en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. *Mt* 18, 20). Esto sucede merced al amor recíproco de cuantos forman la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía, purificado en el Sacramento de la Reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad, don especial del Espíritu para aquellos que se ponen a la escucha obediente del Evangelio. Es precisamente El, el Espíritu, quien introduce el alma en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. *1 Jn* 1, 3), comunión en la que está la fuente de la vida fraterna.

El Espíritu es quien guía las comunidades de vida consagrada en el cumplimiento de su misión de servicio a la Iglesia y a la humanidad entera, siguiendo las normas establecidas en las propias Constituciones, y discerniendo a la luz del Espíritu el modo adecuado de mantener y actualizar el propio carisma en las diversas situaciones históricas y culturales.

La vida consagrada comprendió desde sus orígenes que su misión era dar continuidad al grupo de los que seguían a Jesús, siendo signo de la comunidad inaugurada por El. Las primeras comunidades monásticas miraron a la comunidad de los discípulos que seguían a Cristo, como un ideal de vida. Como la Iglesia naciente, se esforzaban por tener un solo corazón y una sola alma compartiendo los bienes materiales y espirituales.

La vida consagrada se ha manifestado siempre como una **radicalización del espíritu fraterno** que une a todos los cristianos. La comunidad religiosa es **manifestación de la comunión de la Iglesia** y, al mismo tiempo, **profecía de la unidad** a la que tiende como a su meta última.

“Expertos en comunión, los religiosos están llamados a ser en la comunidad eclesial y en el mundo testigos y artífices del proyecto de comunión que está en el vértice de la historia del hombre según Dios. Con la profesión de los consejos evangélicos... se convierten en signo de comunión fraterna” (*Religiosos y promoción humana*, 24)

LA COMUNIDAD RELIGIOSA, LUGAR DONDE SE LLEGA A SER HERMANOS: Del don divino de la comunión proviene la **tarea** de la construcción de la fraternidad. La comunidad religiosa es un **don del Espíritu** antes de ser una construcción humana, dado que tiene su origen en el amor del Dios Trinitario difundido en los corazones por medio del Espíritu Santo.

S. Agustín dice en el primer capítulo de la Regla: *“Lo primero por lo que se han congregado en comunidad es para que vivan en la casa unánimes y tengan una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios”*. **La comunidad de alma y de corazón centrada en Dios es el eje de la espiritualidad**

agustiniana. En el pensamiento de S. Agustín no se trata de conseguir la perfección individual a través de una vida ascética y solitaria, sino de buscar la santidad en comunidad, viviendo una vida fraterna y, a través de ella, encontrarse con Dios.

Por tanto, vivimos en comunidad no para vivir como una simple asociación de amigos ni para ser más eficientes en nuestro trabajo, sino para vivir como hermanos y así aproximarnos más a Dios. Para conseguir esto, no basta tener afinidades humanas, es necesario **ir más allá de los sentimientos humanos** para descubrir a Dios en el hermano a pesar de las diferencias personales. Esto supone superar las simpatías y antipatías, para aceptar al hermano como es y abrirnos a la relación con todos para compartir nuestra vida con ellos.

En el fondo de nuestro ser deseamos profundamente llevarnos bien con todos y crear una comunidad como S. Agustín deseaba. **Cada uno es responsable de crear ese clima de unidad tan deseado, colocando nuestros dones a servicio de ese objetivo.** Todos tenemos la responsabilidad de construir la vida comunitaria con nuestro testimonio, inclusive ayudando a quienes tienen más dificultad para vivir en comunidad porque se sienten solos o excluidos.

2. Sin embargo, debido a nuestras debilidades humanas, a veces también perjudicamos la convivencia con actitudes que nos impiden tener relaciones satisfactorias con todos.

Estos son los **obstáculos más frecuentes** que tendremos que superar en la convivencia diaria:

- A) **La imagen que tenemos del otro:** Fácilmente rotulamos a las personas y nos relacionamos con ellas desde ese rótulo que las colocamos. Es necesario mirar con ojos limpios al hermano.
- B) **Críticas, juicios, chismes:** Estos comportamientos crean una barrera en relación al hermano y envenenan el ambiente comunitario. Es necesario que aprendamos a respetar al otro.
- C) **Grupos cerrados:** Nos juntamos con aquellos que tenemos más afinidad, excluyendo a los que no son de nuestro modo de pensar. Esto es muy destructivo en la vida comunitaria.
- D) **Competir para ser mejor y más importante que el otro** (en la vida pastoral y en la convivencia, cuando buscamos sobresalir): Necesitamos ser más humildes, respetando y valorando al otro.

Con estas y otras actitudes semejantes, podemos crear un malestar en la comunidad que nos impide vivir la fraternidad y nos aleja del ideal de S. Agustín. Es necesario **tomar conciencia de ellas e ir las corrigiendo** para crear un clima más fraterno. Algunas actitudes pueden ayudarnos:

- A) **Aproximarnos** de aquellos con quienes tenemos más dificultad de relación, para conocerlos mejor y superar los prejuicios, aprendiendo a escucharlos e acogerlos.
- B) **Aceptar a cada uno como es**, superando la tentación de juzgar y criticar.
- C) Tener una **motivación espiritual** en la relación con el hermano, no dejándonos llevar por simpatías y antipatías

LIBERTAD PERSONAL Y CONSTRUCCIÓN DE LA FRATERNIDAD: La vida fraterna en comunidad, en esencia, es un grupo de personas libres que se aman como Jesús nos amó. Para vivir como hermanos es necesario un verdadero camino de liberación interior. Este camino de liberación, que conduce a la comunión y a la libertad de los hijos de Dios, exige un precio: renuncia a sí mismo y aceptación y acogida del otro.

La comunidad no se improvisa, no es algo espontáneo y fácil, exige tiempo y compromiso. El camino de quien se entrega a los demás, es largo y fatigoso, hay que atravesar el desierto como el pueblo de Israel hasta convertirse en pueblo de Dios. La comunión fraterna exige un paciente entrenamiento, una lucha para superar la simple espontaneidad y la volubilidad de los deseos.

El hombre viejo no quiere pagar ese precio, por el contrario, se encierra en sí mismo. Solo cuando uno se pierde por los hermanos se encuentra a sí mismo. Nos olvidamos de nosotros mismos para asumir las debilidades, problemas y dificultades de nuestros hermanos.

En definitiva, este ideal de la fraternidad implica la conversión de actitudes propias del hombre viejo para el hombre nuevo. Cristo es el modelo de cómo se construye la unidad. El mandamiento del amor mutuo tiene en Él la fuente y la medida. Debemos amarnos como Él nos ha amado, hasta dar la vida. El amor de Cristo derramado en nuestros corazones nos impulsa a amar a los hermanos. Cristo nos ha libertado haciéndonos capaces de amar como Él.

Cristo nos da dos certezas fundamentales: que somos amados infinitamente y que podemos amar sin límites. Esas certezas nos vienen de la cruz de Cristo y nos hacen libres de la necesidad de colocarnos en el centro de todo y de poseer al otro. Así aprendemos a amar como Cristo nos amó, hasta dar la vida. Por este amor nace la comunidad como un conjunto de personas libres.

Este proceso tiene dos aspectos, uno espiritual, místico: es don de Dios; otro humano, ascético: es compromiso nuestro. La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Por eso se necesita una “sinergia” entre el don de Dios y el compromiso personal para construir una comunión encarnada, es decir, dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna.

3. EL MINISTERIO DE LA EDIFICACIÓN FRATERNA: La comunidad religiosa es un lugar donde nos hacemos hermanos, como dice el documento *“La vida fraterna en comunidad”*. La fraternidad no es algo “que viene del cielo”, sino que es fruto del trabajo de todos. Por eso tenemos que prepararnos para ser más “constructores” que “consumidores” de comunidad, siendo responsables los unos del crecimiento de los otros y disponiéndonos a ayudar y ser ayudados.

Se trata de “edificar”, estando todos en Cristo, que es el que nos capacita para ser constructores de fraternidad en la comunidad, porque vivir en comunidad consiste en ser engendrados por ella, al mismo tiempo que somos engendrados de la misma. Esta labor podemos considerarla como un auténtico ministerio.

Podemos resumir este ministerio de edificar la comunidad en cuatro acciones: dar gracias, bendecir, exhortar y construir la comunidad.

a) Dar gracias a la comunidad: La gratitud no es una simple muestra de buena educación, sino que tiene una raíz teológica; es la capacidad de reconocer, en uno mismo y en los demás, la misericordia y el amor del Padre que nos ha hecho hermanos a pesar de nuestras diferencias de personalidad, status social y nacionalidad.

Agradecemos a Dios que nos haya dado hermanos que viven con nosotros la misma vocación a la santidad en la vida consagrada, con los mismos ideales y objetivos, lo cual nos permite salir de la

soledad y vivir la comunión en la comunidad, ayudándonos y apoyándonos en todo lo que realizamos. Esta vida en comunidad está hecha de pequeños detalles de afecto que son expresión del amor que Dios tiene por nosotros. Quien es libre afectivamente se deja querer y reconoce emocionado el amor que recibe, al mismo tiempo que está dispuesto a corresponder a ese amor con expresiones de reconocimiento y gratitud.

b) Bendecir a la comunidad: Esto supone reconocer que la comunidad es un don que Dios nos ha dado. Esta bendición la vivimos en algunas actitudes que realizamos para construir la comunidad. La primera es querer el bien de la comunidad, dado que nos sentimos parte de ella y la consideramos como nuestra propia familia. Y no solo querer a la comunidad en general sino a cada hermano que forma parte de esa comunidad, sin excluir a nadie. Eso supone expresar el amor con gestos y palabras, no darlo por supuesto, superando el pudor que normalmente tenemos a expresar nuestros afectos. Querer el bien del hermano es sentirnos responsables de su camino, ayudándole en lo que necesite de nosotros, sintiendo como nuestras sus dificultades y caídas, deseándole que sea feliz y que tenga éxito en su trabajo.

La segunda es gozar con las alegrías de nuestros hermanos participando sinceramente de ellas, estando contentos por lo que los hace crecer. Compartir la alegría del hermano no es algo común porque siempre hay una pizca de envidia que nos impide participar de los momentos buenos del hermano. Hay que ser interiormente libre para sentir la empatía que nos hace vibrar por lo bueno del otro. Este es un signo indiscutible de una calidad de vida espiritual.

La tercera es hablar bien de los hermanos cuando está presente, pero, sobre todo, cuando está ausente. Es un auténtico signo de caridad evangélica excusar los defectos de los hermanos, comprenderlos y resaltar los aspectos positivos.

La cuarta es hablar bien a Dios del hermano, o sea, rezar por él, y esto no solo en momentos especiales como el día de su cumpleaños sino de modo habitual. Se trata de tener una oración que jamás prescinda del hermano, colocándolo delante de Dios para pedirle que le ayude o para darle gracias por su presencia y su bondad.

c) Exhortar a la comunidad: Esto era frecuente en la primera comunidad apostólica. La exhortación debe ser auténtica y expresar la valoración positiva del otro a quien sinceramente estimamos. La exhortación es eficaz cuando expresa la verdad objetiva del que es exhortado y la sinceridad subjetiva del que exhorta. No es un tópico que repetimos de manera mecánica sino una expresión que toca lo más hondo del otro, llamándolo a realizarse plenamente según el plan de Dios. Exhortamos al otro porque creemos en su bondad y queremos que se realice como persona, porque nos importa su camino y porque deseamos que sea él mismo en plenitud.

Exhortar tiene que ver con *sostener y alentar* al hermano en sus proyectos e iniciativas y es lo contrario de ser profetas de calamidades que generan desconfianza y desánimo. Siempre es bueno y constructivo tener unas palabras de ánimo con el hermano, sea cuando ha tenido éxito en su proyecto como cuando ha fracasado. Se trata también de reconocer y apreciar siempre el esfuerzo del hermano, animándole a dar lo mejor de sí mismo.

Exhortar significa también *consolar y confortar* al hermano que está pasando por alguna dificultad, sea por motivo de una enfermedad, del fallecimiento de algún familiar, de alguna crisis personal o afectiva y por otras muchas circunstancias en las cuales podemos expresar nuestra cercanía fraterna al hermano fragilizado.

d) Construir la comunidad: La comunidad es asunto de todos y de cada uno. La comunidad no es algo que se nos da ya hecho sino algo que vamos construyendo entre todos. Eso exige tres actitudes: tejer relaciones, servir a los hermanos y permanecer en la comunidad.

Tejer relaciones es creer en la importancia de la relación y en la posibilidad permanente de establecerla y restablecerla. Todos crecemos en la medida en que nos relacionamos con los otros. La relación con los hermanos es el eje de la comunidad. No podemos renunciar a relacionarnos con ningún hermano. La relación hay que salvarla cueste lo que cueste. Cuando ha habido ofensa es necesario restablecer siempre la relación a través del perdón, de lo contrario la comunidad se resiente. Es normal que haya dificultades en la vida comunitaria, pero debemos evitar generar conflictos que bloqueen la vida comunitaria. La humildad hará posible que las relaciones dañadas se restablezcan.

Servir a la comunidad es una consecuencia de la gratitud que tenemos hacia ella por lo que nos da. Es un modo de sentirnos responsables ante los hermanos dando nuestra contribución para construirla con pequeños gestos. Unos construyen la comunidad con el trabajo apostólico, otros sosteniendo con su oración la actividad pastoral de los hermanos, otros aceptando con amor su sufrimiento o su inmovilidad, otros atendiendo al teléfono, otros cocinando o lavando platos. No hay servicio pequeño cuando es hecho con amor.

Permanecer en la comunidad: Es importante permanecer físicamente participando en su vida y en los actos comunes, pero no basta hacerlo de una manera rutinaria, cumpliendo horarios, es necesario participar activa y creativamente con todo nuestro ser. Ninguna presencia es neutra en los actos comunes. La presencia del hermano nos estimula y su ausencia nos desanima en la construcción del proyecto comunitario. Inclusive cuando realizamos nuestros trabajos comunitarios no estamos huyendo de la comunidad porque vamos en su nombre, dado que el apostolado no es individual sino comunitario. El individualismo apostólico carece de futuro ya que el testimonio de uno solo lleva su firma, pero el de la comunidad lleva la firma de Cristo.

Permanecer en la comunidad significa también seguir en ella en los momentos difíciles, cuando el malestar comunitario nos incita a abandonarla.

4. SER SIGNOS DE LA FRATERNIDAD UNIVERSAL: En un mundo de desconfianza y desaliento, en una cultura en donde hombres y mujeres se dejan llevar por la fragilidad y la debilidad, el individualismo y los intereses personales, se nos pide introducir la confianza en la posibilidad de una felicidad verdadera, de una esperanza posible, que no se apoye únicamente en los talentos, en las cualidades, en el saber, sino en Dios.

5. La ternura nos hace bien: Como testigos de comunión, no obstante nuestro modo de ver y nuestra limitación, estamos llamados a llevar la sonrisa de Dios, y la fraternidad es el primer y más creíble evangelio que podemos narrar. Se nos pide humanizar nuestras comunidades: cuidar la amistad

entre nosotros, la vida de familia y el amor. Que nuestras casas no sean un Purgatorio sino una familia, como dice el Papa Francisco.

El signo de que estamos con Jesús es la alegría. La alegría se consolida en la experiencia de fraternidad, como lugar teológico, donde cada uno es responsable de la fidelidad al Evangelio y del crecimiento de los demás. Cuando una fraternidad se alimenta del Cuerpo y Sangre de Jesús y de la Palabra, se hace una cosa sola con él, es una fraternidad en comunión que experimenta el amor gratuito y vive en fiesta, libre, alegre, llena de audacia. Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse.

En un tiempo en el que la fragmentariedad alimenta un individualismo estéril y de masa y la debilidad de las relaciones disgrega y estropea el cuidado de lo humano, se nos invita a humanizar las relaciones de fraternidad para favorecer la comunión de corazón y de alma según el Evangelio. Para el Papa Francisco la ternura es signo distintivo de la fraternidad, una ternura eucarística, porque la ternura nos hace bien. La fraternidad tendrá una fuerza de convocación enorme. La hermandad incluso con todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor que va más allá de los conflictos.

El Papa Francisco ha indicado varias veces el *camino de la atracción*, del contagio, como vía para hacer crecer a la Iglesia, vía de la nueva evangelización. *“La Iglesia debe ser atractiva. ¡Despertar al mundo! ¡Sean testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir!”* Frente al testimonio contagioso de alegría, serenidad, fecundidad, ante el testimonio de la ternura y del amor, de la caridad humilde, sin prepotencia, muchos sienten el deseo de *venir y ver*.

PREGUNTAS

1. En la reflexión se afirma que “la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad”. ¿Cómo puedo ayudar a concretizar ese ideal en nuestra vida comunitaria diaria?
2. El ideal de la fraternidad implica la conversión de actitudes propias del hombre viejo para el hombre nuevo. Concretamente, ¿qué actitudes yo necesito cambiar para que mi comunidad sea signo para nuestro mundo individualista y dividido?
- 3 ¿Qué dones tengo para la convivencia que pueden ayudar a construir la unidad en la comunidad?
4. ¿Cuál es mi mayor obstáculo para ser constructor de la vida comunitaria?
5. ¿A qué me siento convidado para dar mi contribución positiva en la construcción de la unidad en la comunidad?

TEMA 5:

LA COMUNIÓN COMO CAMINO DE ASCESIS Y DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL

“La vida común es mi mayor penitencia” afirmaba un escritor ya hace siglos al hablar de la vida religiosa. Unas palabras que es preciso entender bien (como expresión de la dificultad de superar el egoísmo y el individualismo), pero que desde luego nunca firmaría San Agustín. Para él, la comunión concretada en la vida común no era en modo alguno una penitencia, sino una fuente de alegría y de gozo, la mejor forma posible de ser persona, ser cristiano, buscar la felicidad y servir a la Iglesia. La soledad, la vida sin amigos era un desierto, algo superior a sus fuerzas: *“en todo lo humano no hay nada agradable sin amigos”* (Carta 130,2,4).

Pero la vida en común, la auténtica realización de la comunión, tiene un precio; y en ese sentido sí podemos hablar de la exigencia de un **camino de ascesis**. La *Ratio Institutionis* (19-30) habla por eso del esfuerzo necesario para educarse y formarse para vivir en comunión. Y lo concreta, desde la perspectiva agustiniana y la antropología, en la necesidad de cultivar ya desde el proceso formativo las actitudes mínimas que -no solo dentro de la vida religiosa- se requieren para que la vida en comunidad sea fuente de madurez humana y cristiana. Son sobre todo las tres actitudes que podemos llamar “virtudes sociales”: humildad, disposición a compartir los bienes y capacidad de diálogo.

HUMILDAD

“El primer paso en la búsqueda de la verdad es la humildad. El segundo, la humildad. El tercero, la humildad. Y el último, la humildad. Naturalmente, esto no significa que la humildad sea la única virtud necesaria para el encuentro y disfrute de la verdad; pero si las demás virtudes no van precedidas, acompañadas y seguidas de la humildad, la soberbia se abrirá paso y destruirá sus buenas intenciones...Todos los demás vicios se nutren del pecado, pero la soberbia se nutre de la misma virtud” (Carta 118,3,22).

La humildad es por eso también el primer paso para vivir en comunidad; es humanamente imposible la convivencia entre personas llenas de soberbia, envidia y deseo de sobresalir. “Cuando en un siervo de Dios se insinúa la soberbia, al instante está allí también la envidia. El soberbio no puede carecer de envidia, que es hija de la soberbia. Esta madre no conoce la esterilidad: allí donde se halla, pare inmediatamente...Si pensarais en esto, no os tendríais por grandes. Debéis pensar más en lo que aún os falta que en lo que ya tenéis...Has de pensar en cuántas cosas eres menor, no en cuántas eres mayor. Si piensas en cuánto te falta todavía, gimes; y al gemir eres curado, te harás humilde, caminarás más seguro, no te despeñarás, no te inflarás...El primer vicio es la soberbia, y luego la envidia. No es la envidia la que engendra a la soberbia, sino la soberbia la que engendra la envidia. Sólo el amor a sobresalir es causa de envidia” (Sermón 354, 5-6).

La soberbia, a su vez, es con frecuencia fruto de las riquezas. “Uno es el gusano de la manzana, otro el de la pera; el gusano de las riquezas es la soberbia” (Serm. 61, 9, 10). Pero el fino análisis

psicológico de Agustín denuncia la posibilidad de que en las comunidades religiosas ocurra algo aún pero: que los ricos se hagan humildes y los pobres soberbios y prepotentes (*Regla 1*). U peligro al que debe prestarse siempre mucha atención, ya desde la formación.

Igualmente, deben cultivarse la disponibilidad y la actitud de servicio, tan ligadas a la humildad, tan evangélicas y tan necesarias para la vida común y la actividad pastoral. Es muy difícil encontrar a alguien que no pueda ofrecer algún tipo de servicio a los demás, dice Agustín, que siempre recalcó a sus hermanos de comunidad la condición de “servidores de la Iglesia” (*Serm. 91,9; El trabajo de los monjes 29,37*).

DISPOSICIÓN A COMPARTIR LOS BIENES

Exigencia clara, igualmente, desde el primer capítulo de la Regla, fundamentada por Agustín en una doble motivación: teológica (el ideal de la primera comunidad cristiana de Jerusalén) y antropológica (el factor de división que supone siempre la posesión privada):

- “Quien quiera permanecer conmigo tiene a Dios. Si está dispuesto a que lo alimente Dios por medio de su Iglesia, a no tener nada propio, sino o a darlo a los pobres o a ponerlo en común, permanezca conmigo. Quien no quiere esto, dispone de la libertad, pero mire si podrá alcanzar la eternidad de la felicidad” (*Serm. 355,6*)
- “Tenían una sola alma y un solo corazón en Dios...Los primeros cristianos hicieron comunes sus cosas propias..., al hacer común lo que era particular, también las cosas de los demás se hicieron de él. Atienda vuestra caridad: de las cosas que cada uno posee dimanar las riñas, las enemistades, las discordias, las guerras, los alborotos, las mutuas disensiones, los escándalos, los pecados, las iniquidades y los homicidios...¿Acaso litigamos por las cosas que poseemos en común?” (*Com. al s. 131,5*).

“Entre los montes correrán las aguas. Cuando decimos <entre> decimos comunidad, comenta Agustín. Lo que está <entre> o <en medio> es común, y lo común está <en medio>. No es mío ni tuyo, sino “nuestro”...Donde empieza la propiedad se acaba la comunidad (*Com. al s. 103,2,11*). Una constatación evidentemente válida en estos tiempos de neoliberalismo, en los que la comunión interna de bienes y la comunión solidaria con los necesitados están llamadas a convertirse simultáneamente en una apremiante necesidad de la vida común y del testimonio evangelizador.

Quien no es capaz de compartir sus bienes (¡no sólo materiales!), quien prefiere lo propio a lo común, quien muestra rasgos de egocentrismo codicioso, quien es insensible al clamor de los pobres, no puede -si no muestra palpablemente deseos y posibilidad de un cambio real de actitud- ser aceptado en una comunidad agustiniana. Los problemas de comunidad, después, y de formación, antes, son en realidad con frecuencia problemas de selección...Y la lectura de la Regla, de los sermones 355-356, de los más recientes documentos del Magisterio y de la Orden, no sólo justifican sino que exigen la radicalidad en este aspecto.

CAPACIDAD DE DIÁLOGO

“La verdad no es tuya ni mía, para que pueda ser tuya y mía” (*Com. al s.103,2,11*) Otro famoso aforismo agustiniano que denuncia la cerrazón de posturas no dialogantes que hacen imposible la comunión y la fraternidad. Desde Casiciaco, el diálogo forma parte esencial de la experiencia y la espiritualidad agustiniana.

Diálogo que es búsqueda en común de la verdad y la unidad (que no es lo mismo que la uniformidad...). Que implica hablar con claridad, con respeto y sinceridad; pero también escuchar con atención, apertura y sin prejuicios. Que exige humildad, confianza y superación de todo dogmatismo. Que es, en realidad, un proceso de conversión permanente, de construcción de la comunidad, de superación de la rutina.

No es exagerado decir que uno de los objetivos de la formación inicial debería ser precisamente educar en el diálogo y para el diálogo. Y que la formación permanente debe insistir de igual modo en la necesidad de mantener con eficacia estructuras comunitarias de diálogo. Como aconsejamos muchas veces en el acompañamiento pastoral a las familias, también nosotros necesitamos en nuestras comunidades tiempo y espacios de calidad para el diálogo. E igualmente necesitamos superar la tiranía y la adicción de los modernos instrumentos de comunicación (empezando por los celulares...) que hacen imposible con frecuencia el diálogo y la comunicación reales para refugiarnos falsamente en diálogos y comunicaciones virtuales. Un reto, por lo tanto, que interpela por igual a formadores y formandos, a jóvenes, adultos y mayores.

“Que sea siempre humano, Señor. Que comprenda a los hombres y sus problemas. Hombre soy como ellos. Hombres son como yo” (*Serm 120,3*). Desde esta actitud de comprensión, tolerancia y empatía, es posible el diálogo. Tanto entre los hermanos dentro de la comunidad como hacia afuera: diálogo comunitario, diálogo pastoral, diálogo social, diálogo interreligioso s intercultural... Feliz la comunidad que cultiva la actitud y la práctica del diálogo a todos los niveles (sin olvidar el capítulo local). Pero pobre la comunidad -y peor cuánto más jóvenes son sus miembros- cerrada al diálogo, intolerante, aferrada a “su” verdad, encerrada en sí misma, sin verdadera comunicación y diálogo fraterno entre sus miembros.

Pero además de ser camino de ascesis, fundamentado en las tres “virtudes sociales” que acabamos de comentar, la comunión que exige y enriquece la vida en común es un camino seguro e insuperable de **crecimiento espiritual**.

Pues la auténtica espiritualidad cristiana es la espiritualidad de comunión, porque se basa en lo que en lenguaje agustiniano podríamos llamar “el primado del amor”. Un principio teológico común, desde el Evangelio, a todos los cristianos: el amor es el primero, por no decir el único, de los mandamientos de Jesús, el centro de su mensaje y el corazón mismo de la vida cristiana. Y en san Agustín este “primado del amor”, desde su experiencia psicológica y desde su reflexión teológica, adquiere una peculiar riqueza que marca toda su espiritualidad y está en la base du proyecto de vida en común.

El amor es el vínculo más fuerte posible entre las personas, porque el amor es lo más profundo e íntimo de la persona -es lo más humano del ser humano- : y esto es así porque somos imagen y semejanza de Dios, un Dios que es amor, íntima comunión de vida y amor entre las tres divinas personas que son un solo Dios. Desde esta perspectiva elabora Agustín su teología trinitaria y también su concepto de amistad: una sola alma en dos cuerpos (*Conf. 4,6,11*).

Creer en la espiritualidad cristiana y agustiniana es crecer en el amor, crecer en la comunión fraterna, madurar y progresar en la vida común, crecer en la amistad. Recordemos la descripción de

la amistad que ofrecen las Confesiones, con toda clase de detalles y con matices extraordinariamente concretos y humanos: “Había en mis amigos otras cosas que me hacían más cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, servirnos mutuamente unos a otros, leer en común libros bien escritos, bromear dentro de los límites de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin aspereza, como cuando uno discute con uno mismo. Incluso esta misma diferencia de pareceres, que por lo demás era algo poco frecuente, era la salsa con que aderezábamos muchos acuerdos. Instruirnos mutuamente en algún tema, sentir nostalgia de los ausentes, acogerlos con alegría a su regreso. Estos gestos y otros por el estilo, que proceden del corazón de los que se aman y se ven correspondidos, y que hallan su expresión en la boca, lengua, ojos y otros mil gestos, muy gratos, eran incentivos que iban fundiendo nuestras almas en una sola” (*Conf. 4,8,13*).

La experiencia y el pensamiento de Agustín están llenos de esta extraordinaria valoración de la amistad. Que, por cierto, describe exactamente usando la definición clásica de Cicerón: “acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad”, pero añadiendo: “en Jesucristo nuestro Señor, que es nuestra verdadera paz” (*Carta 258,1*). Es ya la amistad cristiana, en el Señor, que enriquece la amistad humana, pero conservando todos sus elementos esenciales. Algo importante para entender la espiritualidad de comunión, la teoría y la praxis de la vida comunitaria, la inseparable dimensión antropológica y teológica del ideal agustiniano de vida común expresado en la Regla: *anima una et cor unum in Deum*, caminar juntos hacia Dios con una sola alma y un solo corazón. Esta es la dirección y la meta de nuestro crecimiento espiritual..

¿Reconocería San Agustín este clima de comunión y fraternidad en nuestras comunidades agustinianas de hoy? ¿Nos parecemos a este ideal o a la triste descripción de la vida religiosa que hizo en su tiempo Voltaire (“entran sin conocerse, viven sin amarse, mueren sin llorarse”)?...

Bibliografía:

KELLER , M.A., La formación humana y la antropología agustiniana, en VV. Elementos de una formación agustiniana, Curia General, Roma 2001, pp.208ss.

A.PURCARO – MIGUEL A. KELLER, Hacia la santidad comunitaria, Roma 2002, p.42

ANEXOS

1- Concreta en la última línea las aplicaciones a la comunidad agustiniana

AMAR AL PRÓJIMO

	COMO A MI MISMO Otro = Yo	COMO A CRISTO Otro = Cristo	COMO CRISTO LE AMA Yo = Cristo
Significado	<p>Prójimo es el que me necesita: Personas Grupos humanos Pueblos Culturas y Razas</p> <p>El amor a mí mismo como medida de mi actitud hacia el</p> <p>Mt 22, 34-40 Lc 10, 29-37</p>	<p>Cristo se ha identificado con todo ser humano, particularmente con el que sufre, al excluido</p> <p>Las relaciones humanas son relaciones divinas</p> <p>Mt 25, 35-45 1 Jn 4, 12-20</p>	<p>Adelantarse en el amor Amar a pesar de... Amar hasta dar la vida Gratuitamente</p> <p>Jn 13, 15-34 Jn 15, 12-37</p>
Exigencias	<p>SOLIDARIDAD</p> <p>Mis derechos: medida de los derechos de los demás Creatividad y compromiso por la Justicia, la Paz y la Fraternidad universal</p>	<p>ENCARNACIÓN UNIVERSALIDAD</p> <p>Opción Preferencial por los Pobres Fraternidad como verdadero culto agradable a Dios</p>	<p>SERVICIO</p> <p>Poner al alcance de todos la experiencia del amor El amor hecho servicio y entrega total Instrumento de comunión Amar y dejarse amar</p>
Aplicación Ideal Agustiniano COMUNIDAD			

2.- Reflexión personal o en grupo:

LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

Hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

¿Qué significa todo esto en concreto?

Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

En fin, **espiritualidad de la comunión es** saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

(Juan Pablo II, Novo Millennio Ineunte # 43)

¿Cuál de los elementos de la espiritualidad de comunión te cuesta más en este momento de tu vida?

¿Qué sugerencias concretas puedes ofrecer para promover el crecimiento de la espiritualidad de comunión en tu comunidad agustiniana?

PROCESO DE CRECIMIENTO	NIVELES DE DIALOGO
Persona Identidad: Auto-conocimiento Auto-estima	Silencio - cliché Necesidad de salir del aislamiento y entrar en relación (Gaudium et Spes 25) Superficial Cliché

Grupo Estar Juntos Objetivo común Relaciones funcionales Líder: autoritario	Información – externo Revelación de si solo a nivel externo: Noticias Que hacemos Influye el modo de situarse delante del otro: <ul style="list-style-type: none"> - la igualdad en dignidad - el respeto por la diversidad
Comunidad Querer Estar Juntos <i>Principios antropológicos:</i> necesidad de estructura auténtica, funcional y flexible. <i>Principios</i> <i>Sicológicos:</i> intercomunicación, interacción y objetivo común <i>Principios Sociológicos:</i> interdependencia en el momento de información, de decisión y de acción.	Ideas – interno Opiniones Quienes somos Ratio 28
	Sentimientos – intimidad Temores y esperanzas Sentimientos profundos
Comunidad Agustiniana <i>Interioridad:</i> búsqueda comunitaria de Dios Ratio 54 <i>Vida Común:</i> comunión de bienes, espirituales y materiales Ratio 15 <i>Servicio a la Iglesia:</i> como comunidad Ratio 57	Comunión – con otros, con Dios Compartir valores e ideales Compartir la búsqueda de Dios El significado profundo de las cosas Tu y Yo llegamos a sentirnos Nosotros Ratio 7

COMUNIÓN: lo que se comparte es Dios mismo

LA TRINIDAD: origen, destino, vocación, divinización

La llama sube y baja, es dinámica no estática; así también el nivel de dialogo es en estado de flujo constante.

Tema 06:

LA COMUNIÓN COMO COMPROMISO DE APERTURA AL DIÁLOGO CON TODOS.

Objetivo del tema:

Iluminar nuestra vida comunitaria y nuestra acción pastoral y evangelizadora partiendo de los elementos esenciales de nuestro carisma basados en la unidad-comunión de almas y corazones y en el testimonio de diálogo fraterno como signo profético de acercamiento y encuentro con el mundo actual marcado por la diversidad y el pluralismo.

INTRODUCCIÓN

Concluyendo esta segunda sesión temática, centrada en la reflexión sobre la entrega y sacrificio de la propia vida, seguiremos reflexionando y meditando sobre la **Comunión**, ahora destacando la dimensión del diálogo como fruto de la apertura, acercamiento, comunicación e inserción en la realidad y en el mundo en que nos hacemos presentes como cristianos y consagrados. Siendo herederos de una gran tradición y carisma, centrado en el tema de la Comunión-Unidad-Fraternidad, sabemos que debemos y podemos contribuir para promover y facilitar el diálogo con el Mundo y la Cultura actual, que nos desafían cada vez más a saber vivir e interactuar con la pluralidad y la diversidad, sin perder o abandonar lo que es propio y fundamental de nuestra vida y nuestro apostolado. El desafío que se nos presenta en tiempos de poca profecía y testimonio de comunión es el de recuperar la capacidad de ser signo profético de comunión y de diálogo, como consagrados, partiendo del mensaje salvífico del Evangelio y del Reino de Dios. El Evangelio es una fuente inagotable de diálogo salvífico de Cristo con la Humanidad, permitiendo el acercamiento, la encarnación y la comunión de Dios en un encuentro amoroso entre Creador y Criatura, rompiendo las fronteras entre lo divino y lo humano. Otro desafío que se presenta en nuestro tiempo es el de "hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión... si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. En este camino de toda la Iglesia se espera la decisiva contribución de la vida consagrada, por su específica vocación a la vida de comunión en el amor"².

1. El Evangelio: apertura al diálogo más allá de las fronteras

Si partimos del Evangelio como referencia para promover la unidad en la diversidad, generar caminos que lleven a la comunión y al diálogo, debemos poner atención a las últimas palabras de Jesús en el Evangelio de Marcos, donde se confía la labor discipular y evangelizadora a los Apóstoles, una universalidad sin fronteras: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mc. 16, 15). Con el cumplimiento de este mandato de Cristo, los Apóstoles empiezan a poner en práctica el *Kerigma*, anunciando lo que recibieron y oyeron del Señor. Al vivir la experiencia del encuentro con la persona de Cristo, "no se trata de seguir una idea, un proyecto, sino de encontrarlo como una

²Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. CAMINAR DESDE CRISTO, 28.

persona viva y dejarse implicar totalmente por él y por su Evangelio" (Benedicto XVI). De este encuentro nace la fe en el Crucificado y Resucitado. Fue esta misma fe que impulsó a los amigos del Señor a transmitir la buena noticia de la Resurrección, bajo la fuerza y la inspiración del Espíritu Santo, recibido en el Pentecostés. El Evangelio de Jesucristo es el núcleo fundamental de esa experiencia de fe y es por medio del kerigma apostólico que nos llegó la comunicación de este mensaje que cambió la historia de la humanidad: "pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna" (Juan 3,16). En este amor de Dios al mundo y a la humanidad es el mismo Jesucristo la vía para la comunión y para la plenitud de la vida.

El mandato de Jesús: "Id por todo el mundo" es el imperativo categórico, el proyecto más sublime de Dios confiado a los hombres. "Los testigos apóstoles harán de este proyecto su propio proyecto de vida. Esto mismo hará exclamar a San Pablo: '¡ay de mí si no predicara el Evangelio!' (1Cor 9,16). Con el anuncio del Evangelio se fundaron comunidades cristianas por doquier y se enseñó la mística cristiana. Con la muerte de los primeros apóstoles, la persecución y disgregación de las iglesias, la unidad de la enseñanza cristiana va a generar la necesidad de preservar por escrito lo más importante de la experiencia y enseñanza de Jesús. El contenido básico de la predicación oral de los apóstoles es la muerte y resurrección de Jesús. De este modo Pablo dirá a los corintios: 'Les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras' (1Co 15,3-4). Esta es, ciertamente, una de las formulaciones más antiguas del kerigma que poseemos"³.

El mensaje del Evangelio presentado y dialogado con el mundo y con las culturas, por medio de los apóstoles, generó la formación de las primeras comunidades cristianas, contagiadas y animadas en la esperanza de la salvación. "El evangelista Lucas nos muestra a *la iglesia de Jerusalén como el paradigma de toda comunidad cristiana*, como modelo de una fraternidad que fascina. El relato de los Hechos nos permite mirar entre los muros de la *domus* donde los primeros cristianos se reúnen como *familia de Dios*, espacio de la *koinonía*, es decir de la comunión de amor entre hermanos y hermanas en Cristo. Se puede ver que viven de un modo bien preciso: «*Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones*» (Hch2,42). Los cristianos escuchan asiduamente la *didaché*, o sea la enseñanza apostólica; practican una alta calidad de relaciones interpersonales, también mediante la comunión de los bienes espirituales y materiales; hacen memoria del Señor a través de la "*fracción del pan*", o sea la Eucaristía, y dialogan con Dios en la *oración*"⁴.

La comunión experimentada en la unidad de almas y corazones que marcó la vida de las primeras comunidades cristianas fue un don de Cristo a la humanidad, fue la ofrenda de su caridad y su amor, permitiendo que, desde la vivencia del mandamiento nuevo, amando a Dios y al prójimo, si pudiera llegar a la plenitud de la vida en Dios. El amor se convirtió en el cristianismo en el principal canal de diálogo y comunicación con Dios y con los hermanos: "Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a

³Cfr. LÓPEZ SOJO, DAGOBERTO. DISCURSOS KERIGMÁTICOS EN LOS HECHOS. Hacia una pastoral bíblica constructiva.

⁴Cfr. PAPA FRANCISCO. La vida de la comunidad primitiva entre el amor a Dios y el amor a los hermanos. Audiencia General, 26 de junio de 2019.

Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros: en que Dios ha enviado a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por *medio de Él*". (1 Jn 4,7-8)

El impulso misionero de los apóstoles es una referencia importante para nosotros hoy cuando pensamos en cómo poder evangelizar el mundo y la sociedad actual con su complejidad de pensamientos, ideologías, culturas, comportamientos, expresiones de fe y creencias, ateísmo y agnosticismo, tecnologías de información, degradación del medio ambiente, cultura del individualismo, entre otras realidades de un mundo plural. "A ejemplo de san Pablo y de las primeras comunidades, urge aprovechar las ocasiones de diálogo con nuestros contemporáneos, sobre todo en los lugares donde está en juego el futuro del hombre y de la humanidad, para que las decisiones que se tomen no se guíen únicamente por intereses políticos y económicos que no tienen en cuenta la dignidad de las personas y las exigencias que de ella derivan, sino para que haya aquel suplemento de alma que recuerda el lugar insigne y la dignidad del hombre. Los areópagos donde los cristianos de hoy deben dar testimonio son numerosos (cf. *Redemptoris missio*, 37). Tenemos que estar presentes en el mundo; como el profeta Isaías, como centinelas encima de la muralla (cf. *Is* 21, 11-12), para discernir los desafíos humanos de las situaciones presentes, para percibir en la sociedad los gérmenes de esperanza y para mostrar al mundo la luz de la Pascua, que ilumina con un nuevo día todas las realidades humanas"⁵.

2. La Comunión: el eje de nuestro carisma

La gracia especial de la vida religiosa agustiniana, más allá de las discusiones legítimas y siempre necesarias con sus variados matices, hace referencia clara y primordial a la inspiración de san Agustín y a la fundación de la Orden por la Iglesia a mediados del siglo XIII⁶. Presenta un cristianismo radical, a imitación de la primera comunidad cristiana, apasionadamente vivido en la búsqueda de Dios, con primordial sentido comunitario, y capaz de dar respuesta y esperanza al hombre de nuestro tiempo y a los problemas del mundo actual. Todo esto nos permite señalar 'algunos valores primordiales' del carisma agustiniano como son: la búsqueda de Dios desde la interioridad, la comunidad, la pobreza y el servicio a la Iglesia.

"La comunión como valor y la comunidad como estructura constituyen contemporáneamente nuestro ideal de vida y el punto de partida de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Para nosotros, como agustinos, son puntos de referencia obligados a la hora de examinar la situación actual y el camino futuro de la Orden. La Iglesia es comunión en Cristo. La Orden es la comunión de hermanos en un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios. La sociedad anhela la solidaridad de la comunión humana"⁷.

En las Constituciones de la Orden hay dos pilares de la vida comunitaria, que son el trato con Dios y el trato con los hermanos, que desarrollan el contenido fundamental del *cor unum et anima una in Deum*: los dos principales mandamientos: amor a Dios ante todo y amor al prójimo. De esa dimensión teologal del carisma agustiniano brotan todos los aspectos de las tres dimensiones de la espiritualidad agustiniana: interioridad – comunidad – servicio.

⁵Cfr. SAN JUAN PABLO II. Homilía en el Palacio de Deportes de Atenas, 5 de mayo 2001.

⁶ Cfr. *CONST.*, 4.

⁷Cfr. CAPITULO GENERAL INTERMEDIO 1992, São Paulo – No. 6.

2.1. Comunidad y Comunión de Vida

Desde el comienzo de la Regla, la *koinonía* de la primera comunidad cristiana de Jerusalén es el elemento básico del ideal agustiniano de la vida religiosa: “una sola alma y un solo corazón en y hacia Dios”. O “todos unidos en Cristo hacia Dios”, “*unus in uno ad unum*”⁸. Para san Agustín: “Necesitamos de los demás para ser nosotros mismos, pues, es un destierro la vida sin amigos”⁹. El mismo san Agustín ve en la perfecta comunión de bienes la condición indispensable y una manifestación necesaria de la comunión de vida ¹⁰.

“La comunión de bienes -tanto materiales como espirituales- desempeña un papel tan importante en la vida común que se convierte en criterio de validez de nuestra fraternidad. El fundamento de la vida agustiniana es la vida común, como se desprende de la Regla”¹¹. Esa comunión interna de bienes debe extenderse a la comunión solidaria con los necesitados, pues “Cristo está necesitado cuando lo está en el pobre”¹², y debe expresarse en gestos capaces de contribuir “a la causa -humana y divina- de la libertad y la fraternidad”¹³.

En la Regla de san Agustín encontramos sugeridas las señas proféticas de nuestra vida. Amar a Dios y al prójimo es el corazón del Evangelio. “Estos dos preceptos son los que debéis pensar siempre, meditar siempre, retener siempre y cumplir siempre”, advierte san Agustín (In Joa. ev. 17,8). Y cuando comenta el Salmo 33, escribe: “Tus pies son la caridad: Ten dos pies, no seas cojo. ¿Cuáles son los dos pies? Los dos preceptos del amor: El de Dios y el del prójimo” (En. in Ps. 33,2). Este único amor, en su doble dirección, tiene su aplicación inmediata, para nosotros los agustinos, en la comunidad¹⁴.

“Los caminos que llevan al fortalecimiento del talante profético agustiniano pasan por recuperar nuestra matriz agustiniana, los valores de la interioridad, la comunidad, la amistad y la comunión de bienes materiales y espirituales. Sin olvidar la multiplicación de gestos que transparenten el rostro misericordioso del Jesucristo del amor y de la esperanza, y un compromiso inequívoco con la solidaridad, la justicia y la paz”¹⁵.

2.2. Promover la Espiritualidad de la Comunión

¿Qué es la espiritualidad de la comunión?¹⁶

Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: “Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los

⁸Cfr. En. Ps., 147,28.

⁹Cfr. En. Ps., 125,13; F.invis., 1,2.

¹⁰ Cfr. Reg., 1; Const., 6; 25-28; 64.

¹¹Cfr. CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO, *Agustinos en la Iglesia para el Mundo de Hoy*, Vilanova 1998, nº 5.

¹²Cfr. PS., 38,8.

¹³Cfr. CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO, *Agustinos en la Iglesia para el Mundo de Hoy*, Vilanova 1998, nº 5.

¹⁴ Cfr. CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO, *Agustinos en la Iglesia para el Mundo de Hoy*, Vilanova 1998, nº 7.

¹⁵ Cfr. CAPÍTULO GENERAL INTERMEDIO, *Agustinos en la Iglesia para el Mundo de Hoy*, Vilanova 1998, nº 8.

¹⁶Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. CAMINAR DESDE CRISTO, 29.

hermanos que están a nuestro lado”. Y, además: “Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como ‘uno que me pertenece’... De este principio derivan con lógica apremiante algunas consecuencias en el modo de *sentir* y de *obrar*: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber ‘dar espacio’ al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión”¹⁷.

“La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria”¹⁸.

3. Enseñanzas del Señor (Evangelio de Juan)

3.1. La Oración Sacerdotal de Jesús: un clamor por la unidad

"Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí". (Juan 17,18-23)

“La petición central de la oración sacerdotal de Jesús dedicada a sus discípulos de todos los tiempos es la petición de la futura unidad de cuantos creerán en él. Esa unidad no es producto del mundo, sino que proviene exclusivamente de la unidad divina y llega a nosotros del Padre mediante el Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús invoca un don que proviene del cielo, y que tiene su efecto —real y perceptible— en la tierra. Él ruega «para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). La unidad de los cristianos, por una parte, es una realidad secreta que está en el corazón de las personas creyentes. Pero, al mismo tiempo esa unidad debe aparecer con toda claridad en la historia, debe aparecer para que el mundo crea; tiene un objetivo muy práctico y concreto, debe aparecer para que todos realmente sean uno. La unidad de los futuros discípulos, al ser unidad con Jesús —a quien el Padre envió al mundo—, es también la fuente originaria de la eficacia de la misión cristiana en el mundo”¹⁹.

3.2. Jesús es La Vid Verdadera: vínculo de pertenencia, amistad y fraternidad

¹⁷ Cfr. NOVO MILLENNIO INEUENTE, 43.

¹⁸ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA. CAMINAR DESDE CRISTO, 29.

¹⁹ Cfr. BENEDICTO XVI. AUDIENCIA GENERAL, 25 de enero de 2012.

"Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. " (Juan 15,4-5.9-10).

“Con la parábola de la Vid y los Sarmientos, Jesús revela el tipo de vinculación que Él ofrece y que espera de los suyos. No quiere una vinculación como “siervos” (cf. Jn 8, 33-36), porque “el siervo no conoce lo que hace su señor” (Jn 15, 15). El siervo no tiene entrada a la casa de su amo, menos a su vida. Jesús quiere que su discípulo se vincule a Él como “amigo” y como “hermano”. El “amigo” ingresa a su Vida, haciendo la propia. El amigo escucha a Jesús, conoce al Padre y hace fluir su Vida (Jesucristo) en la propia existencia (cf. Jn 15, 14), marcando la relación con todos (cf. Jn 15, 12). El “hermano” de Jesús (cf. Jn 20, 17) participa de la vida del Resucitado, Hijo del Padre celestial, por lo que Jesús y su discípulo comparten la misma vida que viene del Padre, aunque Jesús por naturaleza (cf. Jn 5, 26; 10, 30) y el discípulo por participación (cf. Jn 10, 10). La consecuencia inmediata de este tipo de vinculación es la condición de hermanos que adquieren los miembros de su comunidad”²⁰.

“La vida en Cristo tiene como requisito esencial que quien entra en comunión con el Señor dé fruto: “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15, 5). De tal manera es esto verdad, que la persona que no da fruto no permanece en la comunión: “Todo sarmiento que en mí no da fruto, (el Padre) lo corta” (Jn 15, 2). La comunión con Jesús, fuente de la comunión de los cristianos entre sí, es condición indispensable para dar fruto; y la comunión con los demás, don de Cristo y de su Espíritu, es el fruto más hermoso que los sarmientos pueden dar. En este sentido, comunión y misión están inseparablemente unidas, se hallan entrelazadas y se implican mutuamente, de tal forma que “la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión”²¹.

4. El Diálogo: puente para la fraternidad y la comunión entre culturas

Como agustinos, somos llamados a ser expertos en el tema de la unidad en la diversidad y a ofrecer a nuestro tiempo un testimonio de diálogo con la sociedad plural. No hay maneras de generar diálogo si no salimos de nosotros mismos, si las puertas y las ventanas de nuestro corazón y nuestras mentes se mantuvieren cerradas. Abrir las puertas para el diálogo y construir puentes que nos aproximen de los grandes temas y desafíos actuales para la humanidad es un imperativo urgente, que nos mueve en sentido contrario a intentos de levantar muros de separación y segregación, como acompañamos en nuestros días. “Donde hay muros, hay corazones cerrados: hacen falta puentes, no muros” (Papa Francisco), para crear cada vez más una cultura del encuentro.

“Toda la historia de la salvación de la humanidad es un diálogo, largo y variado, que comienza Dios maravillosamente y se prolonga con los hombres de distintas maneras. Este diálogo de salvación alcanza su punto culminante en la Encarnación del Hijo y debe ser proseguido por la Iglesia. La

²⁰ Cfr. DOC. APARECIDA, 132.

²¹ Cfr. JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici*, 32: AAS 81 (1989) 451-452.

Iglesia está en el mundo y aunque no puede confundirse con el mundo porque tiene una identidad específica y si la diluyera en el mundo se perdería a sí misma, debe encontrarse con el mundo, hablar con él y escucharle para ofrecer su palabra de salvación y colaborar con en el proyecto de Dios, y así llevar a cabo su misión. La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio²².

“Hablando, en general, acerca de esta actitud de interlocutora que la Iglesia debe hoy adoptar con renovado fervor, queremos sencillamente indicar que ha de estar dispuesta a sostener el diálogo con todos los hombres de buena voluntad, dentro y fuera de su propio ámbito”.

¿Con quién dialogar?

Nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie es enemigo, a no ser que él mismo quiera serlo. No sin razón se llama católica, no sin razón tiene el encargo de promover en el mundo la unidad, el amor y la paz”²³.

“La apertura de un diálogo, desinteresado, objetivo y leal, como desea ser el nuestro, lleva consigo la decisión en favor de una paz libre y honrosa; excluye fingimientos, rivalidades, engaños y traiciones; no puede menos de denunciar, como delito y como ruina, la guerra de agresión, de conquista o de predominio, y no puede dejar de extenderse desde las relaciones en la cumbre de las naciones a las que hay en el cuerpo de las naciones mismas y en las bases, así sociales como familiares e individuales, para difundir en todas las instituciones y en todos los espíritus el sentido, el gusto y el deber de la paz”²⁴.

“El pluralismo y la diversidad reflejan con mayor exactitud la realidad que las visiones uniformes. La ruptura de una cosmovisión unitaria es uno de los signos de nuestro tiempo. Al paso de los siglos, la uniformidad ha derivado en el totalitarismo y la exclusión de la diversidad. El deseo de unidad y de participación que se sienten en el mundo es, sin embargo, una de esas llamadas del Espíritu que nos llegan desde el corazón de la vida. Esta nueva sensibilidad tiene también su reflejo en la Iglesia. El Concilio Vaticano II recuperó la eclesiología de comunión, la imagen de Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios, Cristo total. Una eclesiología de inconfundible sello agustiniano. Para los agustinos, vivir esta teología significa ocupar el doble frente de la unidad y del pluralismo legítimo. En la práctica, hablar de comunión, de cuerpo o de pueblo, es afirmar la unidad y la diversidad y, al mismo tiempo, reconocer la participación, la corresponsabilidad, el diálogo, la descentralización, la subsidiariedad. En una sociedad plural, los creyentes no pueden dispensarse de la confrontación de su fe con otras opciones y de la pregunta sobre la razonabilidad de su fe. El énfasis no se puede poner en borrar dudas, sino en una apasionada búsqueda de la verdad.

La apelación al estudio y a la formación religiosa es una exigencia para la personalización de la fe en la cultura contemporánea. Muy conscientes de que, mientras somos miembros de la Iglesia peregrina, participamos de la Verdad, pero no la agotamos y tampoco la poseemos en exclusiva. (Cf. In Ps. 103,2; Conf. XII,25). De hecho, la Iglesia, por sugerencia del Concilio Vaticano II, está hoy

²² Cfr. PAULO VI, *Ecclesiam Suam*.

²³ Cfr. PAULO VI, *Ecclesiam Suam*, 43.

²⁴ Cfr. PAULO VI, *Ecclesiam Suam*, 48.

comprometida en el diálogo interreligioso y ecuménico. Una convocatoria que no podemos desoír por el acento de nuestra espiritualidad de comunión, y porque la contribución a la paz, no desde el sincretismo sino desde la conversión y la concordia, abre perspectivas inéditas a la vida religiosa agustiniana”²⁵.

“Desde el punto de vista cristiano, el diálogo interreligioso es mucho más que un modo de promover el conocimiento y el enriquecimiento recíprocos; es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, una expresión de la misión *ad gentes*”²⁶.

5. La comunión y el diálogo para una cultura del encuentro

El Papa Francisco desde el principio de su pontificado se ha convertido en un icono del diálogo y de la promoción de una nueva cultura y relación entre pueblos, religiones, tradiciones. En el *Evangelii Gaudium* por primera vez habla de una cultura del encuentro que, a cierto modo, se convirtió en un diferencial y un referencial de su ministerio pastoral. Solamente cultivando una cultura de encuentro y respeto al diferente se podrá vencer el fundamentalismo y los extremismos presentes hoy en el Mundo e incluso al interno de la misma Iglesia y de algunas religiones, bien como en los gobiernos totalitarios y poco democráticos.

“En el campo del diálogo, especialmente interreligioso, estamos llamados a caminar juntos con la convicción de que el futuro de todos depende también del encuentro entre religiones y culturas. El diálogo puede ser favorecido si se conjugan bien tres indicaciones fundamentales: *el deber de la identidad, la valentía de la alteridad y la sinceridad de las intenciones*. *El deber de la identidad*, porque no se puede entablar un diálogo real sobre la base de la ambigüedad o de sacrificar el bien para complacer al otro. *La valentía de la alteridad*, porque al que es diferente, cultural o religiosamente, no se le ve ni se le trata como a un enemigo, sino que se le acoge como a un compañero de ruta, con la genuina convicción de que el bien de cada uno se encuentra en el bien de todos. *La sinceridad de las intenciones*, porque el diálogo, en cuanto expresión auténtica de lo humano, no es una estrategia para lograr segundas intenciones, sino el camino de la verdad, que merece ser recorrido pacientemente para transformar la competición en cooperación.

Educar, para abrirse con respeto y dialogar sinceramente con el otro, reconociendo sus derechos y libertades fundamentales, especialmente la religiosa, es la mejor manera de construir *juntos* el futuro, de ser constructores de *civilización*. Porque la única alternativa a la *barbarie del conflicto* es la *cultura del encuentro*, no hay otra manera. Y con el fin de contrarrestar realmente la barbarie de quien instiga al odio e incita a la violencia, es necesario acompañar y ayudar a madurar a las nuevas generaciones para que, ante la lógica incendiaria del mal, respondan con el paciente crecimiento del bien: jóvenes que, como árboles plantados, estén enraizados en el terreno de la historia y, creciendo hacia lo Alto y junto a los demás, transformen cada día el aire contaminado de odio en oxígeno de fraternidad”²⁷.

²⁵ Cfr. GONZALO TEJERINA ARIAS. DIÁLOGO INTERRELIGIOSO UNA TAREA DE LOS CRISTIANOS DE ESTE TIEMPO, 2016.

²⁶ Cfr. Cf. JUAN PABLO II, Carta Enc. *Redemptoris missio*, 55: AAS 83 (1991) 302.

²⁷ Cfr. DISCURSO DEL PAPA FRANCISCO A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA INTERNACIONAL PARA LA PAZ. El Cairo, abril de 2017.

PREGUNTAS:

1. ¿Como consagrado y miembro de una comunidad agustiniana, qué esfuerzos, motivaciones y acciones concretas realizas para generar una cultura del encuentro *ad intra* y *ad extra* de tu comunidad?
2. El diálogo con la cultura siempre fue un aspecto importante de nuestro apostolado como Iglesia y agustinos. ¿Cuáles son los principales desafíos para emprender un diálogo con la cultura plural y diversa presente hoy en la Sociedad?
3. ¿Qué caminos podremos ofrecer a los futuros religiosos (la nueva generación) para vivir la inserción en la realidad, para recuperar la fuerza del profetismo y promover el diálogo con los grandes temas de la sociedad actual?



TERCERA SESIÓN.- ¿CÓMO ENTREGAR LA VIDA?

Tema 07:

Despertar al mundo como misión Profética recibida desde el bautismo e inherente a la Vida Consagrada.

1º. En el Bautismo somos constituidos sacerdotes, profetas y reyes:

El Sacramento del Bautismo es el Sacramento que nos hace, nada menos, que Hijos de Dios y Hermanos de Jesús; es la puerta que nos introduce en la vida de la Iglesia y nos permite partícipes de todos sus bienes espirituales.

El mismo Jesús se acercó al río Jordán para recibir el Bautismo, no para el perdón de sus pecados sino, como santificar el agua, San Máximo de Turín expone: “Cristo se hace bautizar, no para santificarse con el agua, sino para santificar el agua y para purificar aquella corriente con su propia purificación y mediante el contacto de su cuerpo. Pues la consagración de Cristo es la consagración completa del agua”.

“Por el Bautismo somos sacerdotes”. Por el Bautismo todos participamos del sacerdocio común de los fieles, que no es el sacerdocio ministerial que se otorga por otro sacramento”, sino que “nos consagra y nos da la capacidad de ofrecer todo lo que vivimos al Padre eterno”.

En segundo lugar, “por el Bautismo somos profetas”. Nuestro servicio es “hablar en nombre de otro” que, en nuestro caso, es “hablar en nombre de Dios, del único Profeta con mayúsculas. Anunciar su Palabra, su presencia en nuestro mundo y nuestra historia. Dar a conocer a toda la humanidad su amor y su misericordia”.

Esto implica no predicarnos a nosotros mismos sino la Palabra de Dios que nos supera y nos trasciende. En medio de las coyunturas de la vida cotidiana ser profeta implica predicar la verdad, la esperanza, la paz, la misericordia, la justicia y todos los valores que nos vienen de Dios.

Finalmente, el tercer punto de la reflexión sostiene que “por el Bautismo somos reyes”, es decir que somos capaces de “conducir, gobernar, reinar”, y tomando la imagen del pastor y servidor se podría agregar “la capacidad de pastorear sirviendo”.

“El Bautismo nos da la capacidad real, regia de conducirnos y conducir a los demás según los valores del Reino de Dios. Aquello que anunciamos proféticamente debe encarnarse en la vida sabiendo y buscando conducirnos y conducir según el mensaje del Evangelio, para que puedan llegar a la vida nueva de los hijos de Dios.

2º. ¿Cuál es la misión del Profeta?

El profeta sólo tiene que decir las palabras de quien le manda, aunque sean duras de oír y difíciles de poner en práctica.

Desde el bautismo, todo cristiano es profeta. De parte de Dios, el profeta anuncia la Buena Nueva y denuncia el mal, en orden a la salvación de los hombres. Quien escuche y haga caso, se salvará. Y, ¡ay del profeta que no anuncie lo que Dios le haya mandado! (Deuteronomio 18, 19).

Recordemos, en primer lugar, ser profeta no significa preanunciar hechos futuros. Profeta no es tan sólo el que predice de antemano lo que va a suceder, sino ante todo el que habla en lugar de otro. No el que habla “antes” sino “en lugar de”.

El profeta judío era propiamente el que hablaba en nombre de Yahvé o en su honor, el que proclamaba sus alabanzas, el que predicaba su doctrina y anunciaba sus decretos. Era el heraldo, el intérprete del Señor. Es cierto que normalmente el Señor gobernaba al pueblo de Israel a través de sus legisladores. Pero a veces quería manifestar voluntades expresas, y para ello recurría al profeta, no pidiéndole un servicio sino intimándole una orden. Con frecuencia, como hoy a Moisés (Deuteronomio 18, 15 - 20)), lo enviaba a hablar delante de una asamblea, sin que hubiese sido previamente invitado, y el profeta se veía obligado a ir de las plazas al templo, y del templo a los palacios de los grandes, como un inoportuno, a veces, o un aguafiestas.

También el Señor se valió de ellos para anunciar el futuro. Así predijeron muchos detalles acerca del Mesías que había de venir, y anunciaron que los grandes hechos del Antiguo Testamento eran una imagen de lo que sucedería luego en Cristo y en la Iglesia. Hechos y palabras. Los profetas, con sus palabras explicaban el sentido de los hechos, y anunciaban que en el futuro esos hechos se repetirían, pero en un nivel infinitamente superior. Y llegó Cristo, el Gran Profeta definitivo.

En segundo lugar, sí, Jesús es el Profeta definitivo que habla y actúa con autoridad. No sólo hablaría en nombre de Dios, sino que Él mismo es la Palabra de Dios, el Verbo de Dios. El Verbo hecho carne. Y vino hablar con todo el poder de la majestad divina. No sólo el que enseña la verdad, sino el que es la Verdad misma. No sólo el que marca el camino de la vida, sino que Él mismo es el Camino y la Vida. Jesús hablaba con autoridad. Hablar con autoridad es convencer e impulsar.

Para eso, se necesita una cosa que tienen todos, otra que tienen pocos y otra que no tiene casi nadie, y son: palabras prometedoras, que ya sobran; vida consecuente con las palabras, que escasea, y hechos que hablen la vida y las palabras, que ya faltan. Jesús con su palabra, su vida y sus milagros traía a los demonios asustados y acabó con sus interferencias en las vidas de los hombres; ahí está el caso del endemoniado del evangelio de hoy.

Sólo el poder de Jesús es capaz de exorcizar a los hombres, es decir, de sacarles del cuerpo los demonios posmodernos: el confort materialista de la vida, el hedonismo del placer por el placer, el culto al dinero, el culto al éxito personal, el laicismo sin espíritu, sin alma y sin Dios, la filosofía del descarte y de la indiferencia ante la pobreza humana, como tantas veces dice el papa Francisco. Estos son los únicos demonios que hasta ahora conozco, la única autoridad en que creo y el único exorcismo que practico, en nombre de Jesús.

Finalmente, todo bautizado también participa del profetismo de Jesús. No sólo los sacerdotes son profetas. También todo laico bautizado. Debemos ofrecer a Dios nuestros labios de modo que el Señor pueda seguir predicando por nuestro intermedio durante todo el trascurso de la historia. Y debemos predicar la buena nueva por todos los tejados: casa, fábrica, puesto de trabajo, escuela, hospital, asilo de ancianos...hasta alcanzar todas las periferias existenciales, físicas, morales y

espirituales. Profetas que también sepamos denunciar con respeto los desvaríos e injusticias de tantos –el pecado-, como hacía Cristo. Y esto desde todos los medios lícitos y buenos: medios de comunicación, púlpito, cátedras, mesa familiar. Y no sólo con la palabra, sino sobre todo con el ejemplo de vida. ¡Cuidémonos de los falsos profetas! Rápido se dan a conocer prometiendo la teología de la prosperidad o una vida sin normas morales. Cristo ya nos había alertado.

3º. Profetismo en la Vida Religiosa:

El Sínodo sobre los religiosos (Octubre de 1994), destacó “el carácter profético de la Vida Consagrada como “una forma de especial participación en la función profética de Cristo.”(V.C. 84)

Es necesario aclarar, ante el abuso de que hoy se hace del sustantivo “profeta” y del adjetivo “profético”, su exacto sentido. Es importante hacerlo para no correr el peligro de vaciar de sentido tanto el sustantivo como el adjetivo

Hay que profundizar en la Misión Profética de Jesús, para descubrir cómo la Vida Consagrada puede y debe ser continuadora de su Misión.

El Profeta y su coordenada histórica y geográfica

Jesús de Nazaret aparece en medio de una red de profetismo, como salta a la vista con Zacarías (Lc.1,67), el anciano Simeón (Lc-2,259), la profetisa Ana (Lc.2,36) y sobre todo Juan el Bautista. Todos enmarcados en la ansiosa espera del Mesías y situados en un lugar concreto y en la cumbre de los tiempos.

Ya el Antiguo Testamento ha vivido esas concreciones. Había profetas para Samaria, para Judá, o Galilea...pero no eran profetas válidos para otros lugares. Dios sitúa al profeta allí donde quiere que ejerza su misión.

Esto ocurre también con Jesús, que nace en Israel, en un determinado momento histórico. Y su profecía no va a salir de esos límites. Contesta a la Cananea: “El Padre me ha enviado a las ovejas perdidas de Israel”. La humildad y la fe extraordinaria de la mujer le reclaman una excepción de misericordia... pero no se introduce en el campo pagano. Si Jesús, pensando como los hombres, hubiera decidido ir a Roma, porque allí tendría más resonancia su anuncio. Allí, fuera de la voluntad del Padre, no hubiera sido PROFETA.

Por eso la Vida Consagrada para participar en la misión profética de Cristo tiene que situarse en el lugar que marca la voluntad del Padre. Y si no está en ese lugar no habrá profecía.

En la Iglesia, con la Iglesia.

Algunos exegetas protestantes llaman a San Lucas, con tonos críticos” “católico primitivo”. Y es que el Evangelista sitúa donde deben estar los discípulos, para prepararse a anunciar proféticamente el Reino de Dios.

Pentecostés representa para San Lucas el nacimiento de la Iglesia, por obra del Espíritu Santo que desciende sobre la Comunidad de discípulos reunida con María, la madre de Jesús y con los once

apóstoles. Ese “choque” de fuego manifiesta ya visible la Iglesia apostólica, “edificada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas” (Ef.2,20)

La Iglesia no puede vivir sin este vínculo que la une, de una manera viva y concreta, a la corriente ininterrumpida de la sucesión apostólica, firme garante de la fidelidad a la fe de los apóstoles. San Lucas subraya esta nota de la Iglesia: “Todos perseveraban en la doctrina de los apóstoles” (2,42). El vivir firmemente anclados en la doctrina de los apóstoles, es en la intención del evangelista, una advertencia para la Iglesia de su tiempo y para la de todos los tiempos. (Cf.. “El camino Pascual” Card. Ratzinger, pg.150).

Corresponsabilidad

Al finalizar el Concilio Vaticano II, le preguntaron al Cardenal Suenens, uno de los más influyentes en la dinámica conciliar, si podía resumir en una frase la esencia del Concilio. Respondió: “En una palabra”.

- ¿Cuál es esa palabra, Eminencia?
- ¡Corresponsabilidad!

Imposible explicitar la vivencia de la Iglesia en su mantenerse firme en la doctrina de los apóstoles reunidos en oración, junto a la madre de Jesús, en sus veinte siglos de existencia. Pero ha habido épocas en que esa unión de los obispos con Pedro y bajo Pedro, estaba algo diluida por las urgencias de las actividades pastorales, de cada diócesis.

El Vaticano II puso de nuevo la responsabilidad de todos los Obispos en la marcha de la Iglesia Universal. Fueron sesiones tensas en las que apareció en primer plano la “Colegialidad episcopal”. Dicho en “roman paladino”: La corresponsabilidad de todos los Obispos en la fidelidad al mandato de Jesús de evangelizar en todo el mundo.

Fue un giro impresionante. El Obispo ya no era un delegado del Papa (así aparecía en algún documento) para una Iglesia local. Tenía que llevar sobre sus espaldas, junto a Pedro y bajo Pedro, como sucesor de los apóstoles, el imperativo permanente de la catolicidad. Los apóstoles pudieron realizar la Iglesia católica universal, porque la Iglesia era ya católica en su corazón.

No significa esta mentalidad que deba olvidar el concreto mandato de cuidar una Iglesia local..

Al volver del Concilio con esta nueva mentalidad, un Obispo se reúne con sus sacerdotes y les declara: “Tenemos muchos sacerdotes en nuestra diócesis, hay que estudiar la manera de ayudar a la evangelización en todo el mundo”. Me contaba un sacerdote presente, que todos se miraron unos a otros, preguntándose: “¿Qué ha pasado aquí”? Pues que el viento del Espíritu ha soplado fuerte en el Concilio.

Y esta corresponsabilidad debe aplicarse a todos los niveles. Las Diócesis tendrán sus Consejos presbiteral y pastoral. La Parroquias sus consejos parroquiales. Los Institutos religiosos sus asambleas comunitarias...

La corresponsabilidad de la Vida Consagrada.

El Espíritu que habló por los profetas y actuó a través de ellos contra las idolatrías, lo sigue haciendo ostensiblemente por medio de grupos proféticos de la Nueva Alianza. La Exhortación "Vita Consecrata" reivindica un lugar preferente entre estos grupos, para los Institutos religiosos: La presencia universal de la Vida consagrada y el carácter evangélico de su testimonio muestran con toda evidencia que no es una realidad aislada y marginal, sino que abarca a toda la Iglesia...está en el corazón mismo de la Iglesia, como elemento decisivo para su misión...no sólo ha desempeñado en el pasado un papel de ayuda y apoyo a la Iglesia, sino que es un don precioso y necesario también para el presente y el futuro del Pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión." (V.C.3)

El Papa Francisco interpela.

En su carta Apostólica a los consagrados con ocasión del año de la Vida Consagrada escribe: "Espero que despertéis al mundo, porque la nota que caracteriza a la vida consagrada es la profecía...los religiosos siguen al Señor de manera especial, de 'modo profético...ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra...

El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuando llega el alba...Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte...

También el profeta sabe que nunca está solo. También a nosotros, como a Jeremías, Dios nos asegura: No tengas miedo porque yo estoy contigo para librarte." (Carta Apostólica, 2).

4º.- La alternativa profética hoy: Nuevos caminos y oportunidades:

La vida religiosa puede expresar su capacidad profética cultural hoy en los siguientes campos:

A) La profecía de la Hospitalidad, abrazando la diferencia:

Sin la virtud de la hospitalidad la vida consagrada no ser servidora de la Alianza de Dios con nuestra tierra y todos los pueblos que la habitan. Sin hospitalidad nuestras comunidades y personas se encerrarán en sí mismas, en su cultura propia y perderán posibilidades de interacción con el todo. Lo opuesto a la hospitalidad es la hostilidad, el rechazo de lo diferente, la violencia. Hoy en nuestro mundo, hay violencia cultural, choque de civilizaciones, enfrentamientos terribles que nacen de la exclusión y no aceptación del diferente.

La hospitalidad nos hace acoger "al otro", al diferente, al extraño; es considerada incluso como una de las grandes categorías éticas de nuestro tiempo, como un elemento estructural y arquitectónico de la convivencia humana. Hasta en la misma comenzamos a considerar la hospitalidad como una auténtica categoría teológica. Como el Padre Dios envió a su Hijo crucificado para acogernos a todos.

La vida religiosa debe ser un espacio de acogida del otro. Debemos renunciar a tener actitudes cerradas. Cada comunidad tiene que ser una casa y escuela de comunión.

B) La profecía del sentido de la vida:

Sin sentido la vida humana enloquece y se vuelve errática, vacía, desesperada. Las comodidades que ofrecen la sociedad del bienestar o la prosperidad no satisfacen la necesidad de sentido que habita el corazón humano. El deseo de conseguir comodidades se paga a un precio muy alto: renuncia al conocimiento, a la solidaridad y fraternidad, a la espiritualidad.

Hemos llegado a la inmanencia total. Sin trascendencia, la humanidad queda cercada por sí misma. La desconexión con lo divino vuelve banales todas las cosas. Precisamos levantar nuestra mirada hacia Dios.

C) Profecía contra la "misericordia de la prosperidad":

Hoy nuestro mundo hace de la economía la nueva religión, con su liturgia, sus santones y oráculos, sus lenguajes para iniciados y hasta su mensaje redentor. El ídolo de la nueva economía es indecente por que los ricos ya no necesitan de los pobres. Para tener dinero hay que pagar un alto precio, que nos vuelve miserables.

En este contexto el empobrecimiento voluntario emerge como una alternativa liberadora, anti-idolátrica, como una denuncia de la misericordia de la prosperidad. Hemos descubierto nuevos aspectos de nuestra pobreza: opción por los pobres y excluidos. Hoy, más que en otros tiempos, esta llamada la vida religiosa a denunciar la "misericordia de la prosperidad".

D) La profecía del realismo:

Sin realismo la vida se vuelve ansiosa y fácil a la depresión. Debemos proponer, siguiendo a Ronald H. Stone, la expresión del "realismo profético", que me parece oportuna para los consagrados.

El principio de la realidad nos pide - por una parte- que no deseemos cosas que excede nuestra capacidad carismática (el talento recibido); pero también -por otra parte- que exploremos todas sus posibilidades. La revelación nos dice que el Reino es presente y futuro, al mismo tiempo: "ya sí, pero todavía no". La imaginación profética y el realismo profético mantienen una permanente tensión y contraste.

Somos portadores del "profetismo de la minoridad!", de lo pequeño y especialmente a quienes así son con profetas en la tierra.

E) La bienaventuranza profética:

Nuestra cultura posmoderna y globalizada busca obsesivamente la felicidad. El capitalismo la confunde con el placer y lo quiere procurar a través del consumo, el despilfarro, el cuidado y disfrute del y, sobre todo, de su sexualidad. Salud y sexualidad se han convertido en obsesiones cada vez más predominantes.

Es evidente que esta cultura nos afecta a los consagrados. Pero en nuestra tradición ascética tenemos resortes que nos permiten cultivar nuestra profecía contracultural. Sabemos que no toda

adversidad es un castigo, que nada se consigue sin esfuerzo. Sabemos que podemos vivir con el sufrimiento y contra él. Que no todo sea posible no significa que nada se pueda conseguir.

F) Sabiduría e imagen profética:

El último rasgo profético de la vida consagrada en nuestro tiempo es la sabiduría e imagen profética. Se advierte cada vez más la añoranza de varones y mujeres "sabios" capaces de orientar a la humanidad en momentos de confusión, caos y cambio. Bien se sabe que esos sabios no hacen en las universidades y centros del saber. Se trata de algo diferente.

La sabiduría es un don que nos concede la presencia dinámica y acogida de Dios en nosotros. A través del don de sabiduría, el Espíritu Santo unifica nuestros conocimientos, sentimientos, experiencias y vivencia. El don de sabiduría conecta e integra las tres etapas del tiempo: pasado, presente y futuro. La profecía bíblica tiene mucho que ver con el don de la Sabiduría

La sabiduría es transcultural. Los sabios son personas que revalorizan las culturas, las abren a nuevos horizontes y les den solidez. En estos tiempos de transformación, de intercomunicación la sabiduría es un don inapreciable. La sabiduría es serena, imaginativa, creadora; hace posible lo imprevisible, fácil lo difícil, viable lo inviable. Jesús fue la Sabiduría de Dios que proclamaba: *"Aprended de mí ... mi yugo es llevadero y mi carga liviana"*.

Conclusión: Podemos concluir diciendo que la profecía en la vida consagrada es un atreverse a navegar contracorriente dentro del convencionalismo. El ministerio profético que hoy necesitamos ha de surgir como una nueva conciencia no lineal, sino integradora, relacional. Por eso, es una profecía cultural y transcultural, religiosa y transreligiosa, cristiana y transcristiana.

Potencia el ala profética de la Iglesia no supone, en manera alguna. creernos superiores, diferentes o únicos. En cuanto comunidades, sólo deseamos estar allí donde alienta el espíritu profético y convertirnos en humildes colaboradores de él, desde nuestra peculiar inspiración carismática. Si resultamos incómodos, si no creen en nosotros, si no nos valoran, no importa. Lo importante es que seamos auténticos, aunque no seamos perfectos.

La Iglesia necesita nuestra profecía, aunque algunas personas en ella o entre nosotros, la bloqueen.

TEMA 8:

PROFECIA DA CARIDADE: SER PROFETA HOJE, COMO AGOSTINIANOS, NA AMÉRICA LATINA.

I. INTRODUÇÃO

*Oxalá todo o povo de Iahweh fosse profeta.
(Nm 11, 29b)*

O Concílio Vaticano II reconheceu que “o povo santo de Deus participa da missão profética de Cristo” (LG 12). Essa renovação eclesiológica ocasionou, dentre outros aspectos, o retorno da dimensão profética inerente à vida cristã. Na eclesiologia latino-americana a profecia, sobretudo depois das Conferências de Medellín (1968) e Puebla (1979), tornou-se um adequado adjetivo para a Igreja “do fim do mundo”. São inúmeros os exemplos de homens e mulheres que compõem a constelação dos profetas em nosso continente. Com o passar dos anos, no entanto, graças às inúmeras investidas contrárias ao espírito de *aggiornamento* proposto pelo Concílio, a profecia foi sendo preterida pela manutenção eclesiástica. Atualmente não é muito dizer: carecemos de profecia.

De acordo com o teólogo José Comblin (1923-2011), a profecia é palavra de Deus ao seu povo aqui e agora. É atualização daquela palavra de Deus, que foi a missão de Jesus nesta terra. Ela é 100% religiosa e 100% política. É religiosa, porque, “inevitavelmente, é um testemunho para a Igreja. O profeta quer a conversão da Igreja, que consiste em passar da aceitação passiva da injustiça estabelecida, e do desprezo pelos pobres, para um testemunho evangélico no mundo, pela palavra e pela ação”.²⁸ Da mesma forma é, inevitavelmente, política porque é testemunho do evangelho para o mundo, ou seja, é pública, “dirige-se à sociedade inteira e aos seus governantes e anuncia uma mudança radical da sociedade”²⁹ até que esta atinja a estatura dos desígnios divinos.

Justamente por carecermos de profecia, a OALA oferece, nestes exercícios espirituais, o resgate da dimensão profética na Vida Religiosa Agostiniana. E nestas linhas queremos propor uma breve reflexão sobre o significado de ser profeta hoje, como agostinianos, na realidade latino-americana. Em que consiste a profecia agostiniana? Qual o seu diferencial? Como nossas comunidades podem ser proféticas hoje?

II. A PROFECIA DA CARIDADE: o contributo agostiniano para a América Latina, hoje.

*Agora permanecem três coisas:
a fé, a esperança e a caridade.
A maior delas, porém, é a caridade.
(1Cor 13, 13).*

²⁸ COMBLIN, José. *A profecia na Igreja*. São Paulo: Paulus, 2008, p. 281.

²⁹ COMBLIN, José. *A profecia na Igreja*. São Paulo: Paulus, 2008, p. 12

De acordo com nossas constituições “a comunidade agostiniana está chamada a ser um sinal profético neste mundo, de modo que sua vida fraterna seja fonte de comunhão e motivo de esperança” (Const. 33). Somos chamados a ser profetas da Caridade, portanto.

Numa realidade marcada por um crescente individualismo, pela indiferença ao sofrimento, pelo descuido do bem comum, nós, agostinianos, na força do Espírito, precisamos ser profetas da Caridade. Mas o que isso significa? Para facilitar nossa compreensão e, mais ainda, nossa vivência profética, apresentaremos três dimensões que julgamos condensar aquilo que entendemos e propomos como profecia da Caridade: 1) a Caridade Comunitária *in Deo*; 2) a Caridade Subversiva *in nomine Dei*; e 3) a Caridade Ecológica *quia Dei*.

Enfatizamos a Caridade porque, conforme nos lembrou o Padre Agostinho Trapè, “segundo a Regra, a caridade não é apenas o fim e o meio da vida religiosa agostiniana, mas é também o seu centro: da caridade deve proceder e à caridade deve ser orientada, com um movimento perpétuo de causalidade circular, cada pensamento, cada afeto, cada atitude, cada ação”.³⁰ Mas a Caridade, centro da vida religiosa, para ser genuinamente profética deve ter, em Deus, sua causa principal e última. Neste sentido chamamos atenção para os condicionantes que acrescentamos a cada dimensão que condensa nossa compreensão da profecia da Caridade: *in deo*; *in nomine Dei*; *quia Dei*.

A Caridade comunitária, por exemplo, só se sustenta em Deus. É um dom de Deus. Conforme ensina nossas Constituições, “o amor provém de Deus e a Deus nos une, e mediante este processo unificador, superado o que nos separa, nos transforma para que sejamos um, até que, ao final, Deus seja tudo em todos”. (Const. 25). A Caridade que chamamos de subversiva, por sua vez, se justifica em nome de Deus. É por causa do Reino e de sua justiça (Mt 6, 33) que nos atrevemos a subverter a ordem perversa que massacra nosso continente. A exemplo de Cristo, não podemos ser conformistas, mas subversivos em nome de Deus, recusando aceitar as estruturas injustas e os estereótipos da sociedade em que vivemos. E, por fim, a Caridade ecológica devemos vivê-la por causa de Deus. Tudo é dele (Sl 24, 1-2). Além de manifestar Deus, a natureza é lugar da sua presença: “em cada criatura, habita o seu Espírito vivificante, que nos chama a um relacionamento com Ele”.³¹

Tratemos, portanto, destas dimensões da Profecia da Caridade.

1. Caridade Comunitária *in Deo*.

*Que vosso amor seja sem hipocrisia, detestando o mal e apegados ao bem;
com amor fraterno, tendo carinho uns para com os outros.
(Rm 12, 9-10).*

Na América Latina, como nos outros continentes, temos assistido ao crescente avanço do individualismo, dos nacionalismos conservadores que levantam muros, das práticas religiosas de viés intimista, dos preconceitos que alimentam o isolamento e a exclusão. Diante desta realidade, qual o papel da vida religiosa agostiniana?

³⁰ TRAPÈ, Agostinho. *S. Agostino. La Regola*. Milão: Ancora, 1971, p. 137.

³¹ Conferência Nacional dos Bispos do Brasil. *A Igreja e a questão ecológica*. 1992, p. 53-54.

O coração do carisma que herdamos, como já sabemos, é a Caridade: “*Ante omnia, fratres carissimi, diligatur Deus, deinde et proximus*” (Regra, I, 1), mas não uma Caridade sem mais. Uma Caridade, essencialmente, comunitária em Deus: “*Primum, propter quod in unum estis congregati, ut unanimes habitetis in domo et sit vobis anima una et cor unum in Deum*” (Regra, I, 3). Conforme disse o Papa Francisco no discurso aos participantes do 186º Capítulo Geral de nossa Ordem, nós, agostinianos, fomos “chamados a testemunhar aquela caridade calorosa, viva, visível, contagiosa, através de uma vida comunitária que manifesta claramente a presença do Ressuscitado e do seu Espírito”.³² Ora, diante de uma realidade que prima o individualismo, a tarefa agostiniana é testemunhar, profeticamente, o valor da Caridade comunitária.

A vida comunitária compõe-se de muitos pequenos detalhes diários. Pequenos “detalhes do amor”.³³ A fidelidade a estes detalhes destaca-se, em nossa espiritualidade, como a máxima do caminho da santificação: “*Et ideo, quanto amplius rem communem quam propria vestra curaveritis, tanto vos amplius profecisse noveritis*” (Regra, V, 31). Antepor as coisas comuns às próprias, preferindo os pequenos detalhes do amor, nos torna profetas da Caridade Comunitária, aquela que, pela união viva do divino Espírito, denuncia os equívocos do individualismo; anuncia a beleza e os efeitos da comunhão; e consola os corações entristecidos (cf. Is 61, 1-2).

Contudo, a Caridade comunitária se manifesta, em primeiro lugar, na justiça, conforme ensinam nossas Constituições (cf. Const. 32). Por isso, a Profecia da Caridade não termina no *intramuros* de nossos claustros. Ela precisa extrapolar e, aos pequenos detalhes, somar um efetivo compromisso em favor da justiça, da solidariedade e da liberdade. A profecia agostiniana, portanto, deve ser também profecia da Caridade subversiva.

2. Caridade Subversiva *in nomine Dei*.

Se alguém disser:

“Amo a Deus”, mas odeia o seu irmão é um mentiroso.

(1Jo 4, 20).

Cada vez que fizestes isso a um desses pequeninos, a mim o fizestes.

(Mt 25, 40).

Considerando que o principal do cristianismo e, por conseguinte, de nosso carisma, é o amor a Deus e ao próximo, precisamos reconhecer, antes de tudo, que há no amor cristão um gérmen de subversão, um *constitutio libertatis*.³⁴ Onde a ordem habitual diz: egoísmo, lucro e morte; a Caridade cristã grita: comunhão, partilha e vida. Nisto ela é, essencialmente, subversiva. Conforme ensinou o Papa Francisco na Exortação Apostólica *Evangelii Gaudium*, o anúncio cristão “possui um conteúdo

³² PAPA FRANCISCO. *Discurso aos participantes no Capítulo Geral da Ordem de Santo Agostinho* (Agostinianos). 13 de setembro de 2019. Disponível em:

http://w2.vatican.va/content/francesco/pt/speeches/2019/september/documents/papa-francesco_20190913_agostiniani.html

³³ “Lembro de modo especial as três palavras-chave ‘com licença, obrigado, desculpa’, porque ‘as palavras adequadas, ditos no momento certo, protegem e alimentam o amor dia após dia’”. PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*, n. 143-145.

³⁴ COMBLIN, José. *Théologie de la pratique révolutionnaire*. Paris: Ed. Universitaires, 1974, p. 21.

inevitavelmente social: no próprio coração do Evangelho, aparecem a vida comunitária e o compromisso com os outros. O conteúdo do primeiro anúncio tem uma repercussão moral imediata, cujo centro é a caridade”.³⁵

De acordo com o teólogo Johann Baptist Metz, as “tradições bíblicas do discurso sobre Deus e as narrações neotestamentárias sobre Jesus conhecem uma forma indeclinável de responsabilidade social. [...] Nelas o universalismo de tal responsabilidade não se orienta, antes de tudo, ao universalismo do pecado do ser humano, mas ao universalismo do sofrimento no mundo. O primeiro olhar de Jesus não se dirige ao pecado, mas ao sofrimento dos outros. Para ele, pecado era, sobretudo, renúncia a participar no sofrimento dos outros, negativa a transcender o obscuro horizonte da própria história de sofrimento; ou, nas palavras de Agostinho, “encurvamento do coração sobre si mesmo”, abandonar-se ao secreto narcisismo da criatura”.³⁶

Em nosso tempo crescem no cristianismo expressões religiosas que, ao contrário do que indicam os textos bíblicos, ignoram o sofrimento do mundo. Não só ignoram como também engendram e justificam esse sofrimento. São espiritualidades narcísicas que favorecem o encurvamento do coração sobre si mesmo e que podem, inclusive, instalar-se em nossas comunidades. Contra elas a Caridade, que se manifesta na justiça, deve profetizar. Posto que as excessivas desigualdades produzem escândalo e sofrimento, quando na mesma sociedade convivem o luxo e a miséria, a abundância e a fome, nossa espiritualidade de comunhão oferece ao mundo uma voz profética frente a estas desigualdades (cf. Const. 69).

Esta profecia na América Latina exige uma opção preferencial pelos pobres: os sem abrigo, os toxicodependentes, os refugiados, os povos indígenas, os quilombolas, os idosos, os migrantes, as vítimas do tráfico, as mulheres, os jovens, as minorias em geral, etc.³⁷

Seguindo o exemplo de Santo Agostinho, temos que dar um testemunho coerente e profético da opção preferencial pelos pobres, imitando a Cristo com total empenho (cf. 1Co 11, 1), solidarizando-nos com os que sofrem a pobreza material e se veem obrigados a viver à margem da sociedade. Esta opção profética nos exige examinar nosso estilo de vida e tomar decisões práticas sobre os bens de que dispomos e manifestar assim uma concreta solidariedade com as vítimas da injustiça, que nasce de estruturas sociais de pecado. A opção pelos pobres e as decisões que ela implica, devem incluir a multidão ingente dos que padecem fome e miséria, aos que carecem de alojamento ou assistência médica, e, sobretudo, os que estão privados de toda esperança e de uma vida melhor. (Const. 73).

Se a Caridade comunitária é, no carisma agostiniano, o referencial de nosso progresso no caminho da perfeição, a Caridade subversiva é a regra de comportamento para viver a santidade que agrada a Deus.³⁸ No entanto, “há outros seres frágeis e indefesos, que muitas vezes ficam à mercê dos

³⁵ PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 177.

³⁶ METZ, Johann Baptist. *Memoria passionis*: una evocación provocadora en una sociedad pluralista. Santander: Sal Terrae, 2007, p. 164-165.

³⁷ PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 210-214.

³⁸ Cf. PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*, n. 95-99.

interesses econômicos ou de um uso indiscriminado. Refiro-me ao conjunto da criação”.³⁹ Por isso, a profecia agostiniana da Caridade deve converter-se, em nossa América Latina, numa Caridade ecológica.

3. Caridade Ecológica *quia Dei*.

*Deus tomou o ser humano e o colocou no jardim para o cultivar e o guardar.
(Gn 2, 15).*

A Caridade, que se manifesta na justiça e caracteriza-se como disposição e sensibilidade para com o sofrimento do mundo, não pode ignorar o clamor da criação. Como tudo no cristianismo, também a Caridade deve abrir-se à dimensão ecológica que nasce das convicções da nossa fé, pois aquilo que o Evangelho nos ensina tem consequências no nosso modo de pensar, sentir e viver. A Caridade, portanto, precisa passar pela conversão ecológica⁴⁰ para ser, de fato, profética.

Essa conversão requer uma mudança da nossa cosmovisão: passar da cosmovisão da conquista, para a cosmologia do cuidado. Ou seja, reconhecer o valor intrínseco de cada ser, e não sua mera utilização humana; o respeito por toda vida e os direitos e a dignidade da natureza, e não sua exploração. É próprio da cosmovisão da conquista o consumismo exacerbado e o desperdício. Contra isto “a Regra nos recomenda simplicidade de vida quando se trata dos bens materiais, para estar mais livres para o serviço aos demais, especialmente aos pobres: *‘melius est enim minus egere quam plus habere’*”. (Const. 65). Esta simplicidade nos predispõe para uma ética do cuidado, da solidariedade e da sobriedade.

Hoje, mais do que nunca, precisamos cultivar o paradigma e ética do cuidado, pois tudo, de certa forma está descuidado. Tudo o que amamos também cuidamos; tudo o que cuidamos também amamos. É o cuidado que dá origem a uma cultura da solidariedade contra a competição, da partilha contra o individualismo, da autolimitação e da contenção contra a violação dos limites intransponíveis, do consumo sóbrio, contra o consumismo e o desperdício.⁴¹

Neste caminho de profética conversão ecológica, para culminar nosso compromisso em vista de soluções sustentáveis que promovam o desenvolvimento humano, combatendo a fome e a pobreza, devolvendo a dignidade aos excluídos e protegendo a natureza, o 186º Capítulo Geral Ordinário de nossa Ordem, decidiu para os próximos anos, entre outras coisas: a) educar e estimular a consciência ecológica entre os membros de nossa comunidade, para examinar nossos modelos de consumo e estilo de vida; b) introduzir nos diálogos comunitários, e nos encontros pastorais, temas de sustentabilidade, justiça ambiental e ecologia integral; c) promover em nossas atividades apostólicas a consciência ambiental e a cultura do encontro e da solidariedade com os marginalizados e mais vulneráveis, enquanto mais afetados pelo dano ambiental. (cf. CGO 2019, n. 31).

³⁹ PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Evangelii Gaudium*, n. 215.

⁴⁰ PAPA FRANCISCO. Encíclica *Laudato Si'*, n. 216-221.

⁴¹ BOFF, Leonardo. *Reflexões de um velho teólogo e pensador*. Petrópolis: Vozes, 2018, p. 117.

III. CONSIDERAÇÕES FINAIS

Carecemos de Profecia. Esta foi a constatação que fazíamos no início destas linhas. Ela segue verdadeira, mas depois de apresentar o horizonte da profecia da Caridade cremos que, nós, agostinianos na América Latina podemos ajudar a suprir essa carência. Nosso carisma é essencialmente profético. A vida comunitária, a preferência e a inserção no mundo dos pobres, o cuidado com a criação são vozes de profecia para a América Latina em nosso tempo.

Para favorecer a reflexão pessoal e comunitária, bem como a oração, sugerimos as seguintes perguntas:

- a) “A comunidade agostiniana está chamada a ser um sinal profético neste mundo, de modo que sua vida fraterna seja fonte de comunhão e motivo de esperança” (Const. 33). Nossa comunidade dá real testemunho de vida fraterna? Ou nos contentamos em cumprir os horários das refeições?
- b) A vida comunitária compõe-se de muitos pequenos detalhes diários. Pequenos “detalhes do amor”. Há, em nossa comunidade, espaço e liberdade para os pequenos detalhes do amor? Ou já cedemos às formalidades estéreis?
- c) Seguindo o exemplo de Santo Agostinho, temos que dar um testemunho coerente e profético da opção preferencial pelos pobres, imitando a Cristo com total empenho. Esta opção profética nos exige examinar nosso estilo de vida. (cf. Const. 73). Qual o lugar dos pobres e marginalizados nas opções e iniciativas de nossa comunidade? Nosso estilo de vida denuncia a injustiça ou vivemos tão comodamente a ponto de sermos indiferentes ao sofrimento do mundo?
- d) “É melhor precisar menos que ter muito” (Regra, III, 18). Qual o estilo de vida de nossa comunidade: sóbrio ou esbanjador? Austero ou consumista?
- e) A conversão ecológica é um grito profético da Caridade. Quais ações nossa comunidade vai adotar em vista de uma conversão ecológica?

REFERÊNCIAS

BÍBLIA SAGRADA

REGLA Y CONSTITUCIONES. Orden de San Agustín. Roma: Curia General Agustiniana, 2008.

BOFF, Leonardo. Reflexões de um velho teólogo e pensador. Petrópolis: Vozes, 2018

COMBLIN, José. *Théologie de la pratique révolutionnaire*. Paris: Ed. Universitaires, 1974.

COMBLIN, José. *A profecia na Igreja*. São Paulo: Paulus, 2008.

CNBB - Conferência Nacional dos Bispos do Brasil. *A Igreja e a questão ecológica*. 1992.

METZ, Johann Baptist. *Memoria passionis: una evocación provocadora en una sociedad pluralista*. Santander: Sal Terrae, 2007.

PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Evangelii Gaudium*, 2013.

PAPA FRANCISCO. Encíclica *Laudato Si'*, 2015.

PAPA FRANCISCO. Exortação Apostólica *Gaudete et Exsultate*, 2018.

PAPA FRANCISCO. Discurso aos participantes no Capítulo Geral da Ordem de Santo Agostinho (Agostinianos). 13 de setembro de 2019.

TRAPÈ, Agostinho. *S. Agostino. La Regola*. Milão: Ancora, 1971, p. 137.

TEMA 9:

Como Profetas continuar la obra del Espíritu: Fidelidad en la novedad

La Constitución sobre la Iglesia en el Mundo, *Gaudium et Spes*, en el número 4 usa la expresión de "Leer los Signos de los Tiempos"⁴² para subrayar la necesidad de que la Iglesia comprenda la realidad en la cual vive y es parte. Desde aquel entonces, la exigencia de leer los signos de los tiempos ha sido el punto de partida para entender la realidad que nos rodea, es decir la realidad socio-económica-política-cultural, que incluye el discernimiento de los Signos de Dios presente en la realidad. Como cristianos creemos que el ser humano es animado por el Espíritu Santo de construir en el mundo de los hombres y mujeres de hoy, el reino de Dios. Por lo cual tenemos que buscar en la realidad las señales del plan de Dios para nosotros y toda la humanidad. Como se expresa en *Gaudium et Spes*: "El Pueblo de Dios, movido por la fe, con la que cree ser conducido por el Espíritu del Señor que llena todo el universo, trata de discernir en los acontecimientos, exigencias y aspiraciones, que tiene comunes con los demás hombres contemporáneos las señales verdaderas de la presencia o del plan de Dios." (n.11)

Nuestros obispos en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, Brasil han señalado que la metodología para leer o interpretar los signos de los tiempos en esta perspectiva de fe es Ver, Juzgar y Actuar para que "en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida... Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo." (n. 19)

Para considerar los signos de los tiempos, hay que ver lo que existe, pero también igualmente importante es lo que vendrá. Es decir la realidad actual, y las posibles megatendencias que influyen lo que existe actualmente y seguirá influyendo a donde vamos en el futuro. Luego preguntarnos, qué dimensiones de nuestra espiritualidad agustiniana nos ayudan a dar una espuesta de fe a estos signos.

¿Cuáles son las megatendencias globales de hoy? En el mundo político-económico se habla de 4 megatendencias que nos van a afectar a todos: la globalización, la urbanización, los cambios tecnológicos, y el cambio climático.⁴³ Estos son temas que tenemos que reflexionar para ver en qué

42 *Gaudium et Spes* n. 4. "Para cumplir su misión, es un deber permanente de la Iglesia escudriñar bien las señales de los tiempos e interpretarlas a la luz del Evangelio, de tal suerte que, en forma adaptada a cada generación, pueda responder siempre a los incesantes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y de la futura, así como sobre la relación entre una y otra. Procede, pues, ante todo, conocer y comprender el mundo en que vivimos, así como sus ansias, sus aspiraciones y su índole, que a veces se presentan dramáticas." También ver n.44: "Propio es de todo el Pueblo de Dios, pero especialmente de los pastores y teólogos captar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las varias voces de nuestro tiempo y valorarlas bajo la luz de la palabra divina para que la Verdad revelada pueda ser cada vez más profundamente percibida, mejor entendida y expresada en la forma más adecuada."

43 Ofrecido por uno de los consultores empresariales más grandes del mundo, PriceWaterhouseCoopers <http://www.pwc.co.uk/issues/megatrends/megatrends-overview.html>

manera vamos a responder como agustinos para influir en las megatendencias y evangelizar a la luz de estos cambios, o nos quedamos simplemente como espectadores con los brazos cruzados haciendo las cosas siempre igual en un mundo que no va a ser igual.

Estas megatendencias, ciertamente influyen la realidad actual en un nivel global. Pero también hay realidades concretas de hoy particularmente evidentes en América Latina. Entonces tenemos que hacer una mirada a ¿cuáles son los signos de los tiempos en la realidad actual de América Latina? Comenzamos con la realidad actual y luego mencionamos las megatendencias. Para el primero es una gran ayuda hacer una examinación de los documentos de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe donde vemos ciertas realidades que son mencionados en todas, desde 1968 en Medellín hasta 2007 en Aparecida.⁴⁴ Podemos ver cuáles son las realidades constantes y cuáles son las respuestas de la comunidad de discípulos-misioneros de Cristo a estas realidades. Entonces aquí señalamos 5 realidades mencionadas en todas estas Conferencias Episcopales, citando un breve texto en cada documento que se refiere a la realidad y un breve texto sobre la respuesta de la Iglesia a esta realidad.

1) La realidad de la pobreza material en una gran parte del pueblo

Vemos que la realidad de la pobreza material y la exclusión de una gran parte de la sociedad es una de las realidades constantes. No significa que no hayan avances en disminuir el nivel de la pobreza, porque si vemos las cifras desde 1968 hasta hoy, hay grandes avances. Pero sigue siendo una realidad donde una gran porción de nuestro pueblo vive en la pobreza o pobreza extrema.⁴⁵

Frente a esta realidad la respuesta de la Iglesia es la llamada "opción preferencial por los pobres" por primera vez mencionada en esta forma en el documento de Puebla pero claramente existente desde Medellín y luego reafirmada en Santo Domingo y subrayada con aún mayor fuerza en Aparecida.

Aparecida: "El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo. De la contemplación de su rostro sufriente en ellos y del encuentro con Él en los afligidos y marginados, cuya inmensa dignidad Él mismo nos revela, surge nuestra opción por ellos. La misma adhesión a Jesucristo es la que nos hace amigos de los pobres y solidarios con su destino." (n. 257)

"Si esta opción está implícita en la fe cristológica, los cristianos como discípulos y misioneros estamos llamados a contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: "Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo". Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes

44 La primera Conferencia Episcopal de todo el continente fue en Rio de Janeiro en 1955, pero siendo antes de Vaticano II su perspectiva es muy limitada a pocos temas. La segunda en 1968 en Medellín, Colombia y es desde allá que podemos comenzar una lectura de la realidad. Luego en 1979 hubo la tercera en Puebla, México. La cuarta Conferencia fue celebrada en Santo Domingo, República Dominicana en 1992 recordando el V Centenario de la evangelización y finalmente la V Conferencia en Aparecida es la última hasta la fecha.

45 Según las Naciones Unidas 25% viven en pobreza y otro 38% viven en situaciones precarias que facilmente pueden caer en la pobreza. Ver:

<http://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/presscenter/pressreleases/2014/08/26/un-tercio-de-los-latinoamericanos-en-riesgo-de-caer-en-la-pobreza-dice-el-pnud/>

cristianas. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo." (n. 393)

2) La existencia de estructuras de injusticia/violencia es decir estructuras de pecado (corrupción, estructuras financieras globales, discriminación racial, machismo)

Aparecida: "Ante la exclusión, Jesús defiende los derechos de los débiles y la vida digna de todo ser humano. De su Maestro, el discípulo ha aprendido a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona humana. Sólo el Señor es autor y dueño de la vida. El ser humano, su imagen viviente, es siempre sagrado, desde su concepción hasta su muerte natural; en todas las circunstancias y condiciones de su vida. Ante las estructuras de muerte, Jesús hace presente la vida plena." (n. 112)

Frente a las estructuras de pecado o de muerte, la Iglesia es la voz que defiende a los excluidos y la promotora de una sociedad más justa, como fue expresado por el Papa Benedicto XVI en su discurso en Aparecida: La Iglesia es "abogada de la justicia y defensora de los pobres" ante "intolerables desigualdades sociales y económicas", que "claman al cielo". (n. 395)

3) Las estructuras parroquiales que carecen de una experiencia de comunidad

Aparecida: "La renovación de las parroquias, al inicio del tercer milenio, exige reformular sus estructuras, para que sea una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión..." (n. 172)

En respuesta a esta realidad, tenemos que promover parroquias con estructuras de pequeñas comunidades haciéndose una comunidad de comunidades:

Aparecida: "Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio. Es recomendable que los agentes misioneros promuevan la creación de comunidades de familias que fomenten la puesta en común de su fe cristiana y las respuestas a los problemas." (n. 372)

4) La falta de la participación de los laicos en la misión de la Iglesia

Aparecida: "La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas." (n. 368)

Como respuesta a esta realidad los obispos promueven un nuevo impulso para la participación de los laicos como los protagonistas de la nueva evangelización no porque hay una falta de sacerdotes o religiosos, sino porque es propia de su bautismo y pertenencia como miembros de la Iglesia

misiónera. "Son "hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia"⁴⁶

Aparecida: "Los laicos también están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, primero con el testimonio de su vida y, en segundo lugar, con acciones en el campo de la evangelización, la vida litúrgica y otras formas de apostolado, según las necesidades locales bajo la guía de sus pastores. (n. 211)

"Ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el 'ser' y el 'hacer' del laico en la Iglesia, quien, por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo. En otras palabras, es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación" (n. 213)

5) La creciente presencia de las sectas y/o nuevos movimientos cristianos

Aparecida: "... el discípulo ha de tener en cuenta los desafíos que el mundo de hoy le presenta a la Iglesia de Jesús, entre otros: el éxodo de fieles a las sectas y otros grupos religiosos; las corrientes culturales contrarias a Cristo y la Iglesia; el desaliento de sacerdotes frente al vasto trabajo pastoral; la escasez de sacerdotes en muchos lugares; el cambio de paradigmas culturales; el fenómeno de la globalización y la secularización; los graves problemas de violencia, pobreza e injusticia; la creciente cultura de la muerte que afecta la vida en todas sus formas." (n. 185)

Pero la respuesta a estos fenómenos, que significa el mayor éxito de la Iglesia Católica en la historia, en *Aparecida* es enfocar sobre el problema de fondo, es decir la falta de un espíritu misionero en los miembros de la Iglesia.

"Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza." (n. 362)

Pero mientras que estas realidades son una presencia constante, hay otras realidades marcadamente distintas desde 1968 hasta hoy. Por eso conviene pensar sobre las megatendencias en el mundo de hoy que nos indican los obispos en *Aparecida*. De las cuatro megatendencias mencionadas anteriormente, podemos brevemente ver lo que nos dicen los obispos en *Aparecida*. Lo que ellos observan como novedad es la globalización que no ocupa un lugar en las conferencias anteriores.⁴⁷

La globalización es algo que ya marca nuestra realidad y va creciendo con consecuencias a veces positivas y otras negativas. Muchos resultados de elecciones, y la violencia generado por protestas

46 *Aparecida* n. 209 citando Puebla n. 786

47 Apenas se menciona en Puebla n. 137 y Santo Domingo n. 207 mientras que *Aparecida* usa la palabra 28 veces.

populares son una consecuencia de lo que la gente percibe como pérdida de control sobre sus propios destinos por el fenómeno de la globalización, resultando en la actitud de construir paredes y dejar de tender puentes. Aparecida advertía esto en cuanto una posibilidad entre los países de América Latina en la medida que el proceso de integración económica "se reduce a una cuestión de cúpulas políticas y económicas y no arraiga en la vida y participación de los pueblos." ⁴⁸

Entonces de esta megatendencia Aparecida reconoce que estamos "en medio de luces y sombras de nuestro tiempo" ⁴⁹, haciendo una lectura de fe "La Iglesia se reconoce en las enseñanzas del Concilio Vaticano II como "sacramento de unidad del género humano", consciente de la victoria pascual de Cristo pero viviendo en el mundo que está aún bajo el poder del pecado, con su secuela de contradicciones, dominaciones y muerte. Desde esta lectura creyente de la historia se percibe la ambigüedad del actual proceso de globalización." ⁵⁰

Aparecida señala que es una invitación que nos lleva a una conversión pastoral y personal (n. 366-368) "Por ello, frente a esta forma de globalización, sentimos un fuerte llamado para promover una globalización diferente que esté marcada por la solidaridad, por la justicia y por el respeto a los derechos humanos, haciendo de América Latina y de El Caribe no solo el Continente de la esperanza, sino también el Continente del amor" ⁵¹.

Mostrar caminos de solidaridad es la clave para la misión de la Iglesia en medio de la globalización que termina con "la exclusión social. Con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente 'explotados' sino 'sobrantes' y 'desechables'." ⁵² Por lo cual hace falta la Globalización de la Solidaridad. (n. 406) ⁵³.

Otros aspectos que tenemos que enfatizar en el proceso de la globalización son:

1) La identidad cultural de nuestros pueblos con un respeto a sus culturas ⁵⁴, sus expresiones de religiosidad popular y la promoción de los valores en las culturas en oposición a una "nueva colonialización cultural" ⁵⁵ donde reine la "globalización de la indiferencia". ⁵⁶

48 Aparecida n. 528

49 Aparecida n. 20. La frase se ve en Medellín Intro. n 2 y Puebla n. 6 y 1028

50 Aparecida n. 523

51 Aparecida n. 64

52 Aparecida n. 65

53 La frase utilizaba el Papa Juan Pablo II, *Ecclesia in América* (1999) n. 55 y posteriormente por el Papa Francisco.

54 Benedicto XVI, oración en su discurso inaugural en Aparecida: "Quédate, Señor, con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad..."

55 Aparecida n. 46: "Se verifica, a nivel masivo, una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y tendiendo a imponer una cultura homogenizada en todos los sectores. Esta cultura se caracteriza por la autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable."

56 Francisco, *Laudato Si*, n. 52.

2) Promover la educación con los valores del evangelio que hace cuestionar la dirección de la globalización con el sentido crítico⁵⁷ consientes que existe antivalores en el desarrollo de esta megatendencia.⁵⁸ Vivimos en un mundo donde el individualismo va aumentando con la consecuencia de "un relativismo ético" que al final de cuentas niega la fundación de la dignidad humana como basada en la verdad bíblica de ser creados a imagen y semejanza de Dios.⁵⁹ El largo camino de lágrimas y muertes que han sufrido casi todos nuestros países en la época de terrorismo y represión militar es fruto directo de una ética sin fundamento de la fe donde los derechos humanos son relativizados. En respuesta a esta tendencia de individualismo la Iglesia marca una perspectiva de la "buena nueva del bien común".⁶⁰

3) Fomentar una comunidad de comunidades⁶¹ en los apostolados asegurando una experiencia personal de fe y una experiencia compartida en una comunidad pequeña que fortalezca y apoye un espíritu misionero.⁶²

Este es un proceso urgente en las grandes ciudades, cuyo crecimiento es una de las megatendencias del futuro. Cada semana un millón y medio de personas llegan a las ciudades del mundo de otras zonas. Consecuentemente la misma cantidad está abandonando los campos, sierra, y zonas rurales, sobre todo la juventud. Es un cambio significativo de la realidad de solo hace una generación y que va a cambiar en maneras significativas tanto las ciudades como las zonas rurales.

En cuanto a la urbanización, nuestras ciudades sólo van a estar creciendo más y más y requieren un modelo de pastoral distinto al de la realidad rural.⁶³ Frecuentemente nos falta creatividad para experimentar y nos quedamos con lo de siempre, siempre igual, como dice Aparecida: "Ante la nueva realidad de la ciudad se realizan en la Iglesia nuevas experiencias, tales como la renovación de las parroquias, sectorización, nuevos ministerios, nuevas asociaciones, grupos, comunidades y movimientos. Pero se notan actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de

57 Aparecida n. 343: "el Seminario deberá ofrecer una formación intelectual seria y profunda, en el campo de la filosofía, de las ciencias humanas y, especialmente, de la teología y la misionología, a fin de que el futuro sacerdote aprenda a anunciar la fe en toda su integridad, fiel al Magisterio de la Iglesia, con atención crítica atento al contexto cultural de nuestro tiempo y a las grandes corrientes de pensamiento y de conducta que deberá evangelizar."

58 Aparecida n. 479: "...la cultura actual, que presenta luces y sombras. Debemos considerarla con empatía para entenderla, pero también con una postura crítica para descubrir lo que en ella es fruto de la limitación humana y del pecado."

59 Aparecida n. 479: "este mismo pluralismo de orden cultural y religioso, propagado fuertemente por una cultura globalizada, acaba por erigir el individualismo como característica dominante de la actual sociedad, responsable del relativismo ético y la crisis de la familia."

60 Aparecida n. 44, 406

61 Aparecida n. 99 e: "Crecen los esfuerzos de renovación pastoral en las parroquias, favoreciendo un encuentro con Cristo vivo, mediante diversos métodos de nueva evangelización, transformándose en comunidad de comunidades evangelizadas y misioneras." También sección 5.2.2 n. 170ss

62 Aparecida n. 164: "La vida en comunidad es esencial a la vocación cristiana. El discipulado y la misión siempre suponen la pertenencia a una comunidad. Dios no quiso salvarnos aisladamente, sino formando un Pueblo. Este es un aspecto que distingue la vivencia de la vocación cristiana de un simple sentimiento religioso individual."

63 Aparecida n. 173: "Particularmente, en el mundo urbano, se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales, puesto que muchas de ellas nacieron en otras épocas para responder a las necesidades del ámbito rural."

impotencia ante las grandes dificultades de las ciudades." (n. 513)⁶⁴ Es urgente en medio de la masa de pueblo que ocupan las ciudades que encontramos caminos de construir comunidades más pequeñas y que promovamos nuevas formas de presencia de la Iglesia con la participación de los laicos.⁶⁵

Finalmente tenemos la megatendencia del cambio climático. Aparecida habla de la "buena nueva de la ecología" dentro del marco del "bien común"⁶⁶. Es decir que tenemos que preocuparnos del medioambiente para todos los habitantes del mundo pero también por las generaciones del futuro. Aquí la necesidad de un cambio de mentalidad, como dice Aparecida: " 'Nuestra hermana la madre tierra' es nuestra casa común y el lugar de la alianza de Dios con los seres humanos y con toda la creación. Desatender las mutuas relaciones y el equilibrio que Dios mismo estableció entre las realidades creadas, es una ofensa al Creador, un atentado contra la biodiversidad y, en definitiva, contra la vida. El discípulo misionero, a quien Dios le encargó la creación, debe contemplarla, cuidarla y utilizarla, respetando siempre el orden que le dio el Creador."⁶⁷ Esto nos lleva a una conversión pastoral y una exigencia misionera⁶⁸.

Frente a la necesidad de una conversión ecológica, necesitamos apreciar el valor de los pequeños gestos que muchas veces podemos promover en nuestros apostolados, creyendo que no es suficiente, pero que es un paso hacia la conversión. Como lo expresa el Papa Francisco: "Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, y es maravilloso que la educación sea capaz de motivarlas hasta conformar un estilo de vida."⁶⁹

La llamada a una voz profética con estilo agustiniano

Una lectura de fe de los "signos de los tiempos" es posible si estamos guiados por los documentos de la Iglesia y por nuestra espiritualidad agustiniana. Podemos señalar las siguientes opciones como de mayor importancia a la luz de la lectura de los signos de los tiempos desde la perspectiva de la espiritualidad agustiniana:

1) Nuestra promoción de la opción preferencial por los pobres dirigida hace estructuras de solidaridad para contrapesar las estructuras de exclusión.

64 Es una realidad señalada en Santo Domingo también: América Latina y el Caribe se encuentra hoy en un proceso acelerado de urbanización. La ciudad post-industrial no representa sólo una variante del tradicional hábitat humano, sino que constituye de hecho el paso de la cultura rural a la cultura urbana, sede y motor de la nueva civilización universal (Puebla n. 429). En ella se altera la forma con la cual en un grupo social, en un pueblo, en una nación, los hombres cultivan su relación consigo mismos, con los otros, con la naturaleza y con Dios.... A su vez, el hombre urbano actual presenta un tipo diverso del hombre rural: confía en la ciencia y en la tecnología; está influido por los grandes medios de comunicación social; es dinámico y proyectado hacia lo nuevo; consumista, audiovisual, anónimo en la masa y desarraigado." (Santo Domingo n. 255)

65 Aparecida n. 517-518 ofrece unas metas

66 Aparecida n. 125-126. n. 475: "Crear conciencia en las Américas sobre la importancia de la Amazonia para toda la humanidad. Establecer, entre las iglesias locales de diversos países sudamericanos, que están en la cuenca amazónica, una pastoral de conjunto con prioridades diferenciadas para crear un modelo de desarrollo que privilegie a los pobres y sirva al bien común."

67 Aparecida, n. 125.

68 Aparecida sección 7.2

69 Francisco. *Laudato Si*, n. 211.

Agustín⁷⁰ afirma con toda lógica que compartir los bienes no es más que saldar una deuda que se tiene con los pobres: «Si tú dieras algo de lo tuyo, sería prodigalidad, pero dando lo de Dios, es devolución».⁷¹ La solidaridad, la caridad, no son, en realidad, más que justicia, justicia ante Dios. Quien no comparte, por tanto, no es que no sea caritativo, es que no es justo, es que peca contra el derecho divino porque retiene algo que pertenece a aquellos que necesitan esos bienes, que les pertenecen según el plan de la justicia de Dios.

En numerosos lugares, Agustín ofrece la última justificación teológica de la práctica de la solidaridad cristiana con los necesitados a partir de la identificación de ellos con Jesucristo, tal como se afirma en el capítulo 25 de san Mateo. Al identificarse Cristo con los pobres reconoció su dignidad y la razón principal para asistirlos: «Tuvo a bien en su misericordia, verse representado en sus pequeñuelos que sufren en la tierra; él, que desde el cielo acude a todos los que sufren»⁷². Por esto, servir al pobre es servir a Cristo, como afirma el santo. Ser fieles a Cristo es ser fieles al pobre, hasta afirmar lapidariamente Agustín: «Das al hermano necesitado. ¿A qué hermano? A Cristo. Si das al hermano, das a Cristo»⁷³.

2) La animación de comunidades de fe más pequeñas que permitan una experiencia más personal de Cristo y de comunión y participación en su Iglesia.

Para san Agustín, nuestro primer apostolado en el interior de la Iglesia es la realización de la comunidad-amor. Y es éste un apostolado real, en el sentido de que es una de las interpretaciones del mensaje de Cristo... El trabajo de cara al exterior, el apostolado más externo, no puede jamás ir al encuentro de esta inspiración fundamental. En la búsqueda de un alibi nosotros no tenemos nada que ganar. La comunidad no debe necesariamente pedir prestada su significación a algo externo a ella misma. Ella es portadora de su propio sentido (T. van BAVEL, O.S.A., "La Espiritualidad de la Regla de San Agustín".)

P. Teodoro Tack, Prior General, comentaba en una carta a la Orden: Según la Regla de vida de N. P. Agustín éste es el fin primario por el que se han reunido los hermanos. De hecho, hasta se podría afirmar que es el único fin de habernos reunido en comunidad, y que todo lo demás no es sino consecuencia de haber comprendido lo que significa ser "un alma sola y un solo corazón hacia Dios" (cfr. Regla, cap. 1). Esto constituye también el tipo genuino de vida de comunidad, o fraternidad cristiana, que refleja el deseo de Cristo mismo para su Iglesia: "Que todos sean uno ... como tú; Padre, en mí y yo en ti" (Jn 17, 21). Como esta genuina unión de corazones y mentes en la caridad no es para S. Agustín ninguna utopía, no es de extrañar que encontremos una verdadera amistad humana y espiritual como elemento básico en la concepción agustiniana de la vida de comunidad y en su énfasis de la misma.

Esta dimensión de la comunidad aparece claramente en los documentos episcopales al menos en tres niveles:

- a) Las comunidades eclesiales de base
- b) Una Iglesia de Comunión y Participación

⁷⁰ Gonzalo Tejerina Arias, OSA La justicia social y el cuidado del pobre en la Espiritualidad de San Agustín

⁷¹ *Comentarios a los Salmos*, 95, 15, ed. BAC, vol. xxi, Madrid 1966, p. 520.

⁷² *Sermón 13*, ed. BAC, vol. x, 533.

⁷³ *Comentarios a los Salmos*, 147, 13, ed. BAC, vol. xxii, p. 846.

c) El valor de la comunión entre las Iglesias particulares de América Latina.

Una de las ideas de Agustín tan actuales hoy como en su tiempo es el tema de la comunión de bienes. Frente al sistema económico actual donde los que tienen acumulan más y los que no tienen se quedan aún más empobrecidos, el Aguila de Hipona nos ofrece la visión de la comunión de bienes. Agustín considera la comunión de bienes como la primera realización del amor al prójimo y esta se convierte en una crítica a la situación global donde la suma de las fortunas de las 225 personas más ricas del mundo es igual a la suma de los ingresos anuales de los 2,500 millones más pobres del mundo.⁷⁴ Tarcisio Van Bavel comenta: “Un estilo de vida sencillo no es un fin en sí mismo. Está siempre al servicio de dos fines: uno la creación de justas y buenas relaciones al interno de la comunidad, y otro, combatir la injusticia en el mundo.”⁷⁵ Para llegar a la comunión de bienes se requiere una transición del interés privado al común, y esto es lo que Agustín propone para que su monasterio sea un ejemplo.⁷⁶ De hecho “la comunidad agustiniana puede presentarse como paradigma de la comunión de bienes” para el mundo de hoy.”⁷⁷

3) La formación en valores educativos que ayuden a tener una conciencia crítica frente a la realidad de la globalización.

La manipulación de la mentira para que aparezca como la verdad es un trabajo en la cual tenemos que estar atentos. Por eso la verdad es uno de los elementos más significativos de la conversión de San Agustín, con lo cual nos ofrece una gran lección. Su conversión es multi-dimensional, y una de los elementos más importante es convertirse de ser un “mentiroso al servicio del emperador” a ser “un defensor de la verdad de Dios.” Agustín como un orador oficial del imperio, tenía que torcer los hechos en tal forma que la mentira aparece como la verdad para pintar una imagen buena del emperador y que él sea presentado como un líder preocupado por el pueblo. Parte esencial de su conversión es ver la necesidad de dejar de lado este oficio de engaño al pueblo y convertirse en un defensor de la verdad de Dios.⁷⁸

El estado tiene un gran mecanismo de propaganda en los medios de comunicación social que utilizan para formar las conciencias de su propio pueblo. El ejemplo que da San Agustín en la *Ciudad de Dios* cuando, utilizando una historia del encuentro entre Alejandro Magno y un pirata, el cual

⁷⁴ PNUD, *Informe Sobre el Desarrollo Humano 1998* (Madrid: Mundi-Prensa Libros, 1998), 30.

⁷⁵ T.J. VAN BAVEL, “Espiritualidad Agustiniana para la Iglesia en el Mundo Moderno,” en *La Familia Agustiniana Ante el Tercer Milenio* (Roma: Curia Generalizia Agostiniana, 1999), 52.

⁷⁶ Bernard BRUNING, “La Caída de Roma y su Significado Religioso.” en *La Familia Agustiniana Ante el Tercer Milenio*,” 70.

⁷⁷ Capítulo General Intermedio de 1998 *Agustinos en la Iglesia Para el Mundo de Hoy*, no. 27. También puede ver Clodovis BOFF, *El Camino de la Comunión de Bienes*, (Iquitos: OALA y CETA, 1991), 64.

⁷⁸ En su defensa de la verdad llega a discutir incluso con San Jerónimo que había sugerido en su comentario sobre Gálatas que Pablo y Pedro estaban fingiendo sus desacuerdos. Agustín responde con una carta de protesta a Jerónimo y escribe una obra donde deja clara que no hay justificación ninguna por hacer falsedades.

critica la manipulación de la verdad por el emperador para poder justificar acciones que son injustas, exige una actitud crítica.⁷⁹

Una tarea muy importante en San Agustín, dada su propia experiencia, es precisamente la de desenmascarar la mentira y el engaño del gobierno³, es lo que se refiere hoy con la palabra concientización y/o conciencia crítica. El nos invita a tener una actitud de conciencia crítica frente la realidad, sobre todo, como se la pintan los gobiernos y los que controlan los medios de comunicación.⁸⁰

4) Una conversión pastoral, marcado por un enfoque decididamente misionero hacia los no-convencidos que no frecuentan nuestros templos, y que promueva una actitud nueva y decidida de promover el papel de los laicos como los protagonistas del plan pastoral de la Iglesia.

5) Una conversión ecológica que promueva, por actos pequeños y/o grandes un nuevo despertar de responsabilidad social por el medioambiente dentro del marco del bien común promoviendo gestos pequeños entre todos los fieles en nuestros apostolados.

Para San Agustín el primer libro de Dios es la naturaleza, y la biblia es entonces el segundo libro de Dios. Dice: “La hermosura de la creación es un enorme libro. Dios no hizo letras de tinta que lo den a conocer, pero ha puesto ante tus ojos todas las cosas creadas”. Y a su adversario Fausto le reprochaba: “Tenías que haber detenido la mirada en la creación entera, como quien lee en un gran libro la naturaleza de las cosas”.

⁷⁹ Agustín relata esta historia: “Alejandro cuestionó a un pirata cautivo ‘¿Cuál es tu idea, infestando el mar?’, y el pirata contestó, ‘La misma que la tuya, que infestas toda la tierra. Mas dado que mi barco es pequeño a mí me llaman pirata. Pero como tú tienes toda una gran marina de guerra, te llaman emperador’.” (Ciudad de Dios, 4,4)

⁸⁰ Ver Luis Antonio PINHEIRO, “Una Reflexión de San Agustín que puede Iluminarnos sobre el tema de la Conciencia Crítica,” en *El Mundo Político-Económico: Una Perspectiva desde San Agustín*, (Mexico: OALA, 1999), 89-120. También Roberto DODARO, “San Agustín y la Ecoteología, Algunas claves de interpretación,” en *La Ecoteología, una perspectiva desde San Agustín*, (Mexico: OALA, 1996), especialmente pp. 270-274. También el artículo de Pedro RUBIO, “San Agustín: Una Conciencia Crítica para Hoy”, en *San Agustín y la Liberación: Reflexiones desde América Latina*, (Iquitos, Perú: OALA y CETA, 1986), 217-237, donde comenta: “San Agustín es, en realidad, una memoria subversiva para hoy,” y sigue ofreciendo una serie de citas que interpela la realidad y nuestra manera de comprenderla. Robert MARCUS, *Saeculum: History and Society in the Theology of St. Augustine*, (London: Cambridge University Press, 1970), observa en su estudio sobre el rol de la historia y la sociedad, que la teología de Agustín “es una crítica a la teología del ‘establecimiento’”, 155; también comenta: “la ‘política agustiniana’ es, por su naturaleza... constantemente crítica de todas y cada estructura humana, cualquier presente o imaginable forma de orden social... busca las oportunidades para protestar.” 168-69. Robert Dodaro, haciendo referencia a Markus comenta: “Yo propongo una amigable enmienda a la posición de Markus: San Agustín no era un crítico político en el sentido de ser un revolucionario, un abogado de un derrocamiento violento o incluso no violento de un gobierno en particular, sino un crítico, de hecho, del sistema político, o para ser más preciso, como lo señala Markus, de la teología del sistema. Rowan Williams ha sugerido que la *Ciudad de Dios* revela a San Agustín como ‘un pervertidor de los valores de la esfera pública y política clásica’.” Ve Robert DODARO, “*Mentiras Elocuentes, Guerras Justas y La Política de Persuasión: Leyendo la Ciudad de Dios de San Agustín en un Mundo ‘Postmoderno’*,” 1, ponencia dada en el Simposio de San Agustín y los Derechos Humanos, México, enero 2002. Se puede encontrarla en la página web de OALA: <http://www.oala.org>

Con estos cinco principios iluminadores que responden a los signos de los tiempos desde la espiritualidad agustiniana tenemos un claro camino de cómo ser profetas en el mundo actual.